

CRISTIANDAD

Año XXIV - N.º 441

BARCELONA

NOVIEMBRE 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 · 1958



SUMARIO

Nota de la Redacción:
TEILHARD DE CHARDIN.

PASTORAL DEL EXCMO. Y
RVDMO. SR. ARZOBISPO
DE BARCELONA (frag.)

CRISTO REY. - PAULO VI EN
LA CLAUSURA DEL SÍNODO.

TÓPICOS: HIPOCRESÍA
COMUNITARIO
Carlos A. Vallejo

FE VIVA
Roberto Cayuela, S. I.

GERMÀ ¿QUÈ HAS FET?
Pau de Viladordis

1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA
HISTORIA - VI - INGLATERRA:
UN GRAN IMPERIO SIN BASE
TEOLÓGICA.
Luis Creus Vidal

LA DEVOCIÓN MARIANA
DE NUESTRO BALMES
Agustín Furriols Bernadet

CALDERÓN EN LA TEOLOGÍA
DE LA HISTORIA
Francisco Salvá Miquel

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º-Telf. 2212775

ADMINISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

TEILHARD DE CHARDIN

Con el título **El pensamiento oculto del Padre Teilhard** publicamos en el último número de esta revista algunos escritos de Teilhard de Chardin, hasta ahora poco conocidos en España.

Es comprensible la sensación de sorpresa y escándalo en torno a su contenido. Pero nosotros creemos deber una aclaración sobre las razones que nos han convencido de la oportunidad urgente de que estos textos fuesen tenidos desde ahora en cuenta en los ambientes teológicos para un adecuado planteamiento del "caso Teilhard".

Nos parece que nadie sospechará que seamos aficionados al sensacionalismo de lo escabroso. Las páginas de CRISTIANDAD, desde 1944 hasta hoy, dan testimonio de nuestra ninguna inclinación a sacar a publicidad temas sobre "vida privada".

Lo que esencialmente se muestra en escritos como "Lo femenino, o lo unitivo" es el sentido total y último de un pensamiento que se explicita en la forma más inequívoca como un materialismo radicalmente antitético a una metafísica espiritualista y teísta y a la dogmática cristiana.

El diálogo exige claridad. El engañoso prestigio de Teilhard como renovador de la teología se ha conseguido con una táctica regulada según el que ha llamado "principio de gradualidad" el eminente profesor brasileño Plinio Correa de Oliveira. Los breves fragmentos aparecidos ahora a pública discusión podrán hacer comprender a muchos por qué Etienne Gilson, Jacques Maritain y el cardenal Journet pudieron calificar la obra teilhardiana como una gnosis que se presenta como una opción radical enfrentada a la fe en el misterio cristiano.

Francisco Canals Vidal



PASTORAL DEL ARZOBISPO DE BARCELONA

A
Ñ
O
D
E
L
A
F
E

INTRODUCCIÓN

1. — «Los obispos son los pregoneros de la fe» (Vat. II, LG. 25)

Amados diocesanos: Aquel conjuro de San Pablo a Timoteo: “Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longinimidad y doctrina” (2 Tm. 4, 2), resuena cada instante sobre mi espíritu como una de las principales obligaciones de las que un día tendré que dar cuenta al “pastor y obispo de nuestras almas” (I P. 2, 25), al “príncipe de los pastores” (I P. 5, 4), Cristo Jesús. Deber éste que, impuesto por el divino Maestro a los Apóstoles y a sus sucesores (cf. Mt. 28, 19-20; Mc. 16, 15), ha vuelto a ser recordado una vez más por el Concilio Vaticano II, al establecer que “entre los principales oficios de los obispos se destaca la predicación del Evangelio” (Vat. II, LG. 25).

Tanto más cuanto que también hoy, aquí y allá, tienen alguna vigencia aquellas palabras que San Pablo añade al texto anteriormente citado: “Pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones” (2 Tm. 4, 3). Por lo que todo obispo debe aplicarse a sí mismo aquel otro encarecido ruego que, en el mismo lugar, vuelve a remarcar San Pablo: “Pero tú vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio” (Id. 5).

Todo lo cual queda ampliamente proclamado por el Concilio Vaticano II, cuando dice: “Porque los obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, es decir, herederos de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de creerse y ha de explicarse a la vida, la ilustran con la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (cf. Mt. 13, 52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan los errores que la amenazan (cf. 2 Tm. 4, 1-4 (Vat. II, LG. 25).

2. — Contribución al «Año de la Fe»

La oportunidad de ponerme en comunicación con vosotros me la ofrece en esta ocasión el hecho de estar celebrándose en la Iglesia Católica el “Año de la Fe”. Ha sido el Sumo Pontífice, como bien sabéis, quien, con motivo de la presente conmemoración centenaria del martirio de San Pedro y de San Pablo, ha dispuesto que el año que va del 29 de junio del 67 al 29 de junio del 68, sea el “Año de la Fe”.

El Papa nos exhorta a todos los obispos del mundo a que, unidos espiritualmente a él en nuestras respectivas jurisdicciones, procuremos celebrar piadosamente dicho centenario bajo la consigna que él mismo nos señala: "Nuestra petición —dice el Papa— es sencilla y grande: Nos os rogamos a todos, hermanos e hijos nuestros, que queráis celebrar la memoria de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, testigos con la palabra y con la sangre de Cristo, con una auténtica y sincera profesión de la misma fe, como la Iglesia, por ellos fundada e ilustrada, la ha recogido celosamente y auténticamente la ha formulado" (Paulo VI, "Petrum et Paulum", Eccl. [1967] 295).

Y añade el Papa: "¿Qué mejor tributo de recuerdo, de honor y de comunión podríamos ofrecer a Pedro y Pablo que el de aquella misma fe que de ellos hemos heredado?" (id. id.).

Y al sugerir más en detalle los modos concretos de celebrar esta conmemoración centenaria, Paulo VI comienza su enumeración exhortando a los obispos a que, con la palabra, queramos ilustrar dicha iniciativa pontificia. Por eso, al inaugurarse el pasado junio el "Año de la Fe", los obispos españoles, atendiendo a las principales necesidades de nuestro país, dirigimos a la nación una exhortación colectiva, que la prensa ha tenido a bien divulgar.

A su vez, el presente escrito no quiere ser otra cosa que una respuesta a nivel diocesano a este mismo ruego del Papa, para promover así el bien espiritual de nuestros muy amados hijos en el Señor.

I

DIOS NOS HA HABLADO (cf. Hb. 1, 1)

3.—La búsqueda de Dios y sus obstáculos

No hay afán humano tan digno de respeto como el de la búsqueda de Dios.

A lo largo de la historia y a lo ancho del mundo, el hombre, en multiplicidad de estilos y maneras, no ha cesado nunca de orientarse hacia alguna forma de divinidad. "Ya desde la antigüedad —afirma el Concilio Vaticano II— se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana, y a veces también el conocimiento de la suma Divinidad e incluso del Padre" (Vat. II, NAe. 2). Y es que "Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (confróntese Jn. I, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo" (cf. Rm. 1, 19-20) (Vat. II, DV. 3). "Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas (Sb. 13, 5).

Con todo, hay que decir con Pío XII que "muchos son los obstáculos que se oponen a que la razón use eficaz y fructuosamente de ésta su nativa y facultad. En

efecto, las verdades que a Dios se refieren y atañen a las relaciones que median entre Dios y el hombre, trascienden totalmente el orden de las cosas sensibles y, cuando se llevan a la práctica de la vida e informan a ésta, exigen la entrega y abnegación de sí mismo. Ahora bien, el entendimiento humano halla dificultad en la adquisición de tales verdades, ora por el impulso de los sentidos y de la imaginación, ora por las desordenadas concupiscencias nacidas del pecado original. De lo que resulta que los hombres se persuaden con gusto ser falso o, por lo menos, dudoso lo que no querrían fuera verdadero" (Pío XII. "Humani Generis", Dz. 3875).

4.—El don de la divina revelación

Por todo lo cual, la divina revelación, que no es de suyo indispensable para llegar al conocimiento de aquellas verdades divinas que están al alcance de la inteligencia del hombre, es, sin embargo, moralmente necesaria para que las mismas "puedan ser conocidas por todos, aun en la condición presente del género humano, de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno" (Vat. II, DV. 6; cf. Pío XII, HG. Dz. 3875).

Y si nos referimos al conocimiento del "misterio de la voluntad de Dios (cf. Ef. 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Palabra encarnada, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. Ef. 2, 18; 2 P. 1, 4)" (Vat. II, DV. 2); entonces hay que afirmar que la divina revelación es absolutamente necesaria, pues se trata de "Bienes divinos, que superan totalmente la inteligencia del hombre" (Vat. II, DV. 6).

Por eso, el beneficio más grande que Dios ha concedido a la mente humana en este mundo, es el de la divina revelación. Porque Dios ha hablado a los hombres: "Plugo a Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad" (Vat. II, DV. 2). Hecho éste que alcanza su culminación con la presencia de Cristo entre nosotros: "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los Profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (Hb. 1, 1).

Podemos decir, pues, que la divina revelación es la gran noticia, el gran acontecimiento de la historia: "El pueblo que andaba en tinieblas, vio una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de las sombras de la muerte, resplandeció una brillante luz" (Is. 9, 2). Palabras mesiánicas que San Mateo aplica a Jesucristo en el momento de iniciar su predicación por Galilea (cf. Mt. 4, 16).

Juan el Bautista dirá a los fariseos: "Hay uno en medio de vosotros a quien no conocéis" (Jn. 1, 26). Éste fue el gran pecado de muchos judíos: no ver al Mesías, no reconocerle en medio de ellos, no creer en Él. Y ésta es la gran tentación que acompaña a los cristianos de todos los tiempos, el gran peligro que amenaza a los

fieles de nuestros días. “Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo” (Mt. 28, 20). Incluso está entre nosotros de una forma visible: en la persona del Papa, a nivel de Iglesia; y en la persona del Obispo, a nivel de diócesis. Y si no le llegáramos a ver, sino le llegáramos a reconocer, si no llegáramos a creer en Él, caeríamos en el mismo pecado de los fariseos y de los judíos, y también entonces se nos podría decir: “Hay uno en medio de vosotros a quien no conocéis” (Jn. I, 26).

5.—La palabra de Dios: su depósito e intérprete

Pero, ¿dónde encontraremos la palabra de Dios? ¿A quién se le ha concedido la responsabilidad de su custodia? La respuesta es de todos conocida: “La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito de la palabra de Dios, el cual ha sido confiado a la Iglesia” (Vat. II, DV. 10).

Y ¿qué es la Sagrada Escritura, cuál es el cometido de la Sagrada Tradición? Nos lo vuelve a precisar el mismo Concilio Vaticano II: “La Sagrada Escritura es la palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo; y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de verdad, la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación” (Vaticano II, DV. 9).

Por último, ¿a quién se le ha concedido la misión privilegiada de interpretar auténticamente la palabra de Dios? “El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en nombre de Jesucristo” (Vat. II, DV. 10).

Por lo mismo, debemos concluir con el Concilio Vaticano II: “Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin los otros y que juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas” (Vat. II, DV. 10).

II

LA OBEDIENCIA DE LA FE (Rm. 16, 26)

6.—La fe, asentimiento a la palabra de Dios

Desde que “Dios, por su infinita Bondad, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana, pues a la verdad «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha probado el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (I Co. 2, 9)”

(Vat. I, DF. 3), el comienzo de este camino de salvación que termina en la gloria, se encuentra en la fe: “Porque la fe es el principio de la humana salvación, el fundamento y raíz de toda justificación, «sin la cual es imposible agradar a Dios» (Hb. 11, 6) y llegar al consorcio de sus hijos” (Trid. CHT. 8).

Ahora bien, “esta fe que es el principio de la humana salvación, la Iglesia Católica profesa que es una virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos” (Vat. I, DF. 3).

Por su parte, el Concilio Vaticano II resumirá y matizará diciendo: “Cuando Dios revela hay que prestarle «la obediencia de la fe» (Rm. 16, 26; cf. Rm. I, 5; 2 Co. 10, 5-6), por lo que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, ofreciendo «a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad», y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él” (Vat. II, DV. 5).

7.—La fe, reconocimiento de Cristo, Palabra encarnada

La fe es un asentimiento a la palabra de Dios, un asentimiento a la divina revelación. Ahora bien, la divina revelación se centra y resume en Aquel que “es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación” (Vat. II, DV. 2), Jesucristo, Palabra eterna del Padre hecha hombre. En efecto, “el fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, anunciarla proféticamente, representarla con diversas imágenes” (Vat. II, DV. 15). Y, al llegar la plenitud de los tiempos (cf. Ga. 4, 4), es Cristo quien “con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino” (Vat. II, DV. 4).

Asentir a la divina revelación, por tanto, es lo mismo que asentir a Cristo. Creer es rendirse ante Cristo. Tener fe es reconocer a Cristo.

La fe, aquella fe que nos abre las puertas del camino que nos lleva al cielo, es la fe en Jesucristo. Él mismo nos dice: “A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que creyere en Él tenga la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn. 3, 14-16). Y, en su discurso ante el Sanedrín, Pedro confesará: “En ningún otro hay salud, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos” (Hch. 4, 12). Y San Pablo, citando al profeta Isaías (cf. Is. 28, 16), proclama: “El que creyere en Él no será confundido” (Rm. 9, 33).

8.— Los testigos de la fe, en el A. T.

Según el concilio de Trento, “la fe es el principio de la humana salvación, el fundamento y raíz de toda justificación” (Tríd. CHT. 8). Ahora bien, como hemos visto ya, el objeto de esta fe se centra en Jesucristo: “Todo el que creyere en Él será justificado” (Hch. 13, 39). Por lo mismo, la fe en Jesucristo es el principio de toda justificación. Lo que debe extenderse tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, con una sola diferencia: que, en el Antiguo, el objeto de la fe eran las divinas promesas referidas todas ellas al Mesías que había de venir; y, en el Nuevo, el objeto de la fe es Jesucristo, presente ya entre nosotros.

Cuando la Carta a los Hebreos enumera los testigos de la fe, “la nube de testigos, que nos envuelve” (Hb. 12, 1), el autor sagrado se complace en describir la fe de los patriarcas, jueces, reyes, profetas y justos del A. T. (Hb. 11, 4-40), quienes “por ella adquirieron gran nombre” y “en la fe murieron todos sin recibir las promesas, pero viéndolas de lejos y saludándolas” (Íd. 2 y 13). Y termina su exposición exhortándonos a que “por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús” (Hb. 12, 1-2).

En esta detallada exposición, sobresale la figura del Padre de los creyentes, Abraham de quien se afirma: “Por la fe, Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber donde iba. Por la fe moró en la tierra de sus promesas como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba él ciudad asentada sobre firmes cimientos, cuyo arquitecto y constructor sería Dios” (Hb. 11, 8-10).

Y, después de referirse a la fe por la que el anciano Abraham cree que Dios le dará descendencia de su anciana esposa Sara, sigue afirmando el autor más adelante: “Por la fe ofreció Abraham a Isaac cuando fue puesto a prueba, y ofreció a su unigénito, el que había recibido las promesas, y de quien se había dicho: «Por Isaac tendrás tu descendencia», pensando que hasta de entre los muertos podría Dios resucitarle, y así le recuperó en el instante del peligro” (Hb. 11, 17-19).

Y de Moisés se dice: “Por la fe, Moisés, recién nacido, fue ocultado durante tres meses por sus padres, que, viendo al niño tan hermoso, no se dejaron amedrentar por el decreto del rey. Por la fe, Moisés, llegado ya a la madurez, rehusó ser llamado hijo de la hija del

Faraón, prefiriendo ser afligido con el pueblo de Dios a disfrutar de las ventajas pasajeras del pecado, teniendo por mayor riqueza que los tesoros de Egipto los vituperios de Cristo, porque ponía los ojos en la remuneración. Por la fe abandonó el Egipto sin miedo a las iras del rey, pues, como si viera al Invisible, perseveró firme en su propósito. Por la fe celebró la Pascua y la aspersion de la sangre, para que el exterminador no tocara a los primogénitos de Israel” (Hb. 11, 23-28).

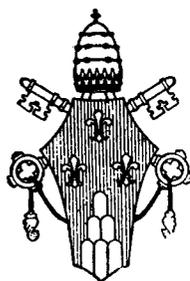
9.— Los testigos de la fe, en el N. T.

Y si ahora pasamos al Nuevo Testamento, veremos multiplicarse la raza de los creyentes: personas piadosas, como Isabel, el anciano Simeón y Ana la profetisa; diversas clases sociales, como los pastores, los Magos y los publicanos; gentes del pueblo, como la mujer hemorroísa, los amigos del paralítico y los muchedumbres; hombres constituidos en autoridad, como Jairo, el cortesano y el centurión; enfermos del cuerpo, como el ciego de Jericó, el ciego de nacimiento y el leproso samaritano; enfermos del alma, como la mujer pecadora, la samaritana y el buen ladrón; en fin, Juan el Bautista, los Apóstoles, José. Y sobre todos ellos, la “llena de gracia”, “la bendita entre todas las mujeres”, la Madre de Jesús. Ella, con su permanente “He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1, 38), se sitúa en cabeza de la gran caravana de los creyentes, hasta el punto que todos debemos decir con Isabel: “Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor” (Lc. 1, 45).

Bien podemos decir con el Salmista que “esa es la raza de los que le buscan, de los que buscan el rostro de Dios de Jacob” (Sal. 23, 6). Raza de creyentes que se irá multiplicando a través de la historia, según la promesa de Dios a Abraham: “Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia” (Gn. 15, 5). Y todo esto se realizará por medio de los Apóstoles y sus sucesores, según la promesa de Cristo: “Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra” (Hch. 1, 8). Por eso, el mismo día de Pentecostés son ya unos tres mil los que se rinden ante la predicación de Pedro (cf. Hch. 2, 41). Y desde entonces la Iglesia se irá extendiendo por el mundo, multiplicándose los hijos de la fe como las estrellas del cielo y las arenas del mar (cf. Gn. 22, 16-19).

(Continuará)

C
R
I
S
T
O

R
E
Y

(...)

La fiesta (de Cristo Rey), de gloria de Cristo, y de su relación con la Iglesia por El fundada: Son éstos los puntos de doctrina sobre los cuales queremos reclamar vuestra atención en esta hora solemne, para conformar vuestros pensamientos en el camino de retorno a vuestras sedes.

Ante todo, la gloriosa realeza de Cristo es lo que debe atraer y orientar poderosamente nuestras mentes y nuestros corazones, para dar un encuadre teológico cada vez más amplio y seguro a nuestras firmes convicciones, e imprimir a nuestras acciones el ardiente empuje del amor convencido. Cristo es el Hijo de David, preanunciado en las Escrituras, esperado por los patriarcas y los profetas, del que han dado testimonio inconsciente los mismos perseguidores: "Jesús Nazareno es el Rey de los Judíos" (Io. 19, 19), como estaba escrito en su Cruz de ignominia y de gloria.

Como afirmó San Pedro el día de Pentecostés "Dios constituyó Señor y Mesías a Cristo Jesús" (Act. 2, 36); y esto porque su humana naturaleza está hipostáticamente unida a aquella divina, y Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, es el Hijo encarnado del Padre. Y por esto El es Redentor de los hombres por su Pasión y su muerte, la autoridad que ejerce como Dios sobre todas las cosas creadas, pertenecen a su humanidad también por derecho ya sea innato ya adquirido: El, sin embargo, es el Hijo, "al cual (el Padre) ha conferido el dominio de todas las cosas y mediante El ha creado el universo siendo irradiación de su esplendor e imagen de su substancia rigiéndolo todo con su poderosa palabra, después de haber realizado la expiación de los pecados, se sienta a la Diestra de la Majestad en sublime alteza, hecho tan superior a los ángeles cuanto más excelente que el de ellos es el título que le corresponde. (Hbr. 1, 24.)

A este primado de realeza universal se refiere el principio de unidad y de gobierno, de amor y de salvación, que ejercita con poder único, y comunica con designio misterioso a su Iglesia. Sí, "es verdaderamente grande el misterio de la piedad: Aquel que se manifestó en la carne, fue reconocido por el Espíritu, mostrado a los Angeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo y ascendido a la gloria" (I Tim. 3, 16).

De ahí, como hemos dicho, la relación de la realeza de Cristo con su Iglesia. Cristo reina sobre la Iglesia, no todavía sobre el mundo: la antigua profecía davídica, a la que Cristo mismo y la primera predicción evangélica expresamente se han referido (cfr. Mt. 22, 44; Act. 2, 34-36), le promete un dominio sobre todas las gentes, que todavía ha de cumplirse: "Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies" (Sal. 109, 1). El poder de las tinieblas retarda todavía el advenimiento del reino de Cristo. Pero esta realeza tiene un carácter exclusivamente espiritual: "Mi reino no es de este mundo" (Io. 18, 36). Es una realeza de verdad y de gracia, una realeza de justicia, de amor y de Paz; una realeza que busca los corazones, sólo para convertirlos en terreno fructuoso de la palabra de Dios, y para hacer de todos los hombres dispersos, una sola familia (cfr. Io. 11, 52).

Ahora es la Iglesia quien representa en el mundo la realeza profética y sacerdotal de Jesucristo: ella ha recibido "La misión de anunciar e instaurar en todas las gentes el Reino de Cristo y de Dios, y de este Reino, la tierra es un germen, un inicio" (Const. Dogm. Lumen gentium, n. 5). Por eso, la Iglesia, se sabe dotada de autoridad —esto la constituye la única relación con su divino Fundador— y teniendo en sí a Cristo, que en ella vive en la Palabra y en la gracia de salvación, y renueva constantemente su Sacrificio entregándose en la Eucaristía —todo esto constituye la relación mística con El— no ha de entenderse que Reina en sentido temporal, porque continúa entre los hombres el misterio de los anonadamientos de Cristo, "que no ha venido a ser servido sino a servir" (Mt. 20, 28): también la Iglesia, como su divino modelo y santificador, quiere servir a los hombres, y ha sido fundada para guiarlos pastoralmente a la salvación y para infundir en ellos los principios de vida, como ha hecho resaltar la **Constitución dogmática** Gaudium et Spes del **Concilio Vaticano II**.

Nosotros, Pastores de la Iglesia, tenemos la inmensa responsabilidad de esta guía y de este trabajo que lleva anexo. Por eso, al volver a vuestras Sedes, recordad siempre como "Mandato" anunciar el Reino de Cristo; es el Señor quien os manda como un día a los apóstoles: "Id y predicad: se acerca el Reino de los cielos" (Mat. 10, 7), aquel reino que todavía no se ha cumplido en esta tierra, pero que llegará al fin perfecto en el reino de Dios.

(...)

TOPICOS

HIPOCRESIA

Terribles y elocuentes son las palabras con que el Evangelio fustiga en muchos de sus pasajes la Hipocresía. Detrás de él, la filosofía cristiana ha condenado siempre con el mismo rigor tan fea enfermedad moral. Una sociedad hipócrita es un fruto podrido, un edificio roído por las termitas y que en cualquier momento se puede desplomar, por más que en apariencia se conserve sano. Hipocresía produce indignación, desengaño y depresión moral en todo aquel que llega a desenmascararla. Como mentira que es, sus fundamentos son innobles y sus consecuencias desastrosas para el hombre y la comunidad.

Ahora bien; todos estos desprecios y condenaciones los merece únicamente la verdadera hipocresía. Es muy necesario aclarar este concepto porque tal palabra es una de las que más andan en la boca de las gentes, con intenciones no siempre sanas o recomendables. El calificativo de *hipócrita* es como una bomba de mano que los hombres se lanzan a diario unos contra otros. Hay que saber cuándo este epíteto es merecido o cuando no es más que una calumnia vil y estúpida.

El verdadero hipócrita es aquel que con alma de lobo se disfraza de cordero y lo hace además con la oculta y maligna intención de obtener consideraciones y ventajas fundadas en su disfrazada y falsa bondad. A esta mala fe revestida de una túnica blanca, a este colmillo carnívoros oculto bajo una sonrisa exquisita es a lo que se refiere el Evangelio llamando "raza de víboras" a los contemporáneos incursores en tal pecado.

No es un hipócrita, aunque con frecuencia se le tilde de ello quien defiende la virtud con entera buena

fe, aunque tenga algún defecto o a lo largo de su vida haya tenido errores o flaquezas. Si a esta persona se le llama hipócrita, entonces todos los hombres son hipócritas, hasta los santos, que, según la Escritura, pecan siete veces al día. Si sólo los impecables pudieran predicar la virtud, no se podría hablar de ella en los siglos de los siglos. Esto no quiere decir que la mejor predicación no sea la del ejemplo. Pero ¿quién es el guapo que se puede poner como ejemplo de todo? que se descuide. Al párroco del pueblo que encaneció al servicio de sus feligreses porque le gusta tirar unos tiros a las perdices. Al padre de familia recto y honrado porque es débil con sus hijos, o por que es fuerte con ellos o porque defiende sus derechos. Al joven afiliado a obras de apostolado en cuanto mira a una chica (y si no la mira, se le tacha también de beato y de gazmoño).

¿Y quién expende esas patentes de hipocresía que llueven sobre todos? Regularmente quien más tiene porque callar. Por lo común, el sambenitar de hipócritas a los demás, es la única defensa que tiene el cínico y el escandaloso que no sabe o no puede o no le da la gana de salir de los vicios. Quien tiene un ochenta por ciento de vida impura, demuestra a quien tiene un ochenta por ciento de sana conciencia.

La vida está llena, además, de formas de refinada hipocresía en las que nadie repara o a las que nadie fustiga. Una gran parte de los convencionalismos sociales no son sino modas de hipocresía. No me refiero precisamente a las normas de educación y de convivencia

que son imprescindibles y lejos de constituir pecado, son virtud de caridad; sino a otros convencionalismos que confieren o quitan la etiqueta de malicia a las cosas, según nuestra conveniencia.

Un hombre y una mujer estrechamente abrazados en público, aunque ya menos que antes, todavía es escándalo. Pero si se abrazan estrechísimamente al compás de una música, entonces ya no es escándalo: es baile. Si vamos de visita con nuestros hijos a una casa y la dueña nos recibe casi en el traje de Eva, nos exclamaremos y retiraremos la amistad a aquella familia. Mas, por la tarde, con los mismos niños, iremos al circo y les dejaremos ver a las artistas casi completamente desnudas. Esta imagen aquí, no es inmodestia: es arte ¡Cómo si la fisiología humana entendiera de tan ridículos distingos!

Hemos hablado de una hipocresía falsa, de unos supuestos hipócritas a quienes se arroja a la cara esta palabra como un salivazo sin que se lo merezcan. Pero hay numerosos *hipócritas auténticos* que se van de rositas porque el mismo convencionalismo hipócrita que les permite tal conducta, les absuelve de ella ante los moralistas poco avisados.

Se representa en el teatro o en el cine una de estas obras actuales, monumentos de desvergüenza y depravación, vorágines de inconfesables pasiones, expuestas en la forma más descarnada y brutal. El autor de la obra o el papanatas crítico de turno, proclaman a aquel engendro ejemplar lección de moral porque "fustiga las lacras de una sociedad hipócrita". Pero lo que

hace la obra no es fustigar nada, sino comerciar con la curiosidad malsana y masoquista de un público ávido de morbosidades. Y cabe preguntar: ¿quién es el hipócrita aquí? ¿La sociedad podrida o el podrido autor que no vacila en enriquecerse

a costa de halagar los bajos instintos del espectador?

Es necesario puntualizar bien cuál es el verdadero rostro de la hipocresía. Ciertamente esta última es un fantasma de carroña envuelto en una sábana blanca. Para algunos, el

remedio está en despojarse de la sábana y poner al aire toda la hediondez del cuerpo. Pero ¿no será más sano y más lógico limpiar esas hediondeces y purificar ese cuerpo bajo la misma sábana, que ya no será engaño sino ejemplo?

COMUNITARIO

El hombre, a estas alturas de la Historia, al cabo de miles de años de existencia, se comporta en muchas cosas como un niño. Y esto lo hacen personas que ni son niños, ni carecen de cultura; a veces, intelectuales de mérito que, no habiendo cultivado su cerebro más que en una sola dirección, se encuentran por los demás caminos en una indefensión metal absoluta. Dicho de otra manera: para tratar de los demás asuntos de la vida, han de echar indefectiblemente mano del predigerido tópico.

Se ha descubierto ahora, por ejemplo, que lo que vale es la oración comunitaria, siendo una cosa deleznable (a veces se le enganchan otros tópicos adjetivos: *triumfalista*, *paternalista*) la plegaria individual. No podemos dirigirnos a Dios, si no estamos entretejidos con la masa. Parece que el Padre común es un ser tan declaradamente sordo que no puede oír al hombre si la voz de éste no se reúne en un coro u orfeón. Diríase que Adán, Seth, Noé, Job, Moisés, San Pablo, San Jerónimo, San Francisco, Santa Teresa y otras criaturas que se atrevieron a conversar individualmente con su Creador, erraron el procedimiento. Por lo menos se diría después de leer ciertas obras de mística moderna.

Ni ahora ni nunca, por otra parte, ha sido menospreciada la oración colectiva. El Cristianismo es comunitario desde su nacimiento y nunca ha dejado de serlo. Si alguna tendencia al olvido de esto ha sido registrada alguna vez, un recordatorio discreto para volver a la primitiva pureza del concepto, es

saludable. Lo que no es saludable y en cambio resulta fatigoso y hasta cargante, es la repetición monótona de esta palabra y su aplicación reiterada y universal a toda clase de cosas. Para algunos escritores, más o menos sagrados que leemos, el cristiano de hoy no puede hacer absolutamente nada que no sea comunitariamente hecho. Oración comunitaria, virtud comunitaria, ascética comunitaria, penitencia comunitaria y hasta confesión comunitaria.

Si vamos a analizar fríamente las causas de esta epidemia de comunitarismo, llegamos, tras un racional análisis a la siguiente y aparentemente peregrina proposición: *Rusia ha ganado la segunda Guerra Mundial*. A muchos lectores, tal frase les parecerá excesivamente simplista y a otros, bastante sectaria. Para desvanecer una y otra impresión vamos a alinear pruebas, señalando las etapas del más arriba citado análisis.

Actualmente, entre los pueblos llamados occidentales o burgueses existe una inconfesable y a veces confesada admiración por el comunismo. El Comunismo, monstruo casi siempre lejano, ejerce una extraña sugestión sobre las personalidades desvaídas. Es una cosa mala pero con matices simpáticos. De la misma forma que esos brutos del cine que se hacen temer y al mismo tiempo adorar por las juvenecitas inexpertas.

Así pues, si la palabra Comunismo está proscrita por fuertes razones en los ambientes católicos, parece que hay una tendencia a serpentear por los alrededores de esta

palabra, coqueteando con otros términos de la misma raíz: *comunitario*, *comunal*, *comunicación*... Veamos, pues, lo que encierran estos coqueteos de pensamiento y de palabra.

Si interrogamos a un antropólogo, nos explicará que la tierra está y estuvo siempre habitada por pueblos con tendencia al gregarismo y otros pueblos con tendencia al individualismo. Afirmación científicamente incontestable. Si ahora vamos a la Historia encontraremos que en todas las Edades los pueblos gregarios habitaron el continente asiático o el Este de Europa, en tanto que los individualistas son típicamente europeos de occidente. La disputa entre los dos puntos cardinales extremos es de siempre; la venimos contemplando desde los albores de la Humanidad. El arquetipo de esta lucha está en las Guerras Médicas y en su continuación, las de Alejandro. El coloso persa, lanzando sus hormigueantes masas sobre la dividida Grecia que unas veces se defiende y otras, llevada por un caudillo genial, ataca y desbarata los inmensos rebaños orientales.

Pero el Oeste es incorregible individualista, tanto cuando Temistocles tiene que dejarse pegar para que le escuchen sus colegas, como cuando los bizantinos, encerrados en Constantinopla por la oleada turca, inventan el bizantinismo. Verdaderamente, la historia del mundo es apenas otra cosa que un constante refluir entre los Gregarios, llámense caldeos, persas, tártaros, chinos o turcos y los Individualistas,

sean griegos, romanos, venecianos o españoles.

Los tiempos actuales son, cómo no puede menos de ocurrir, una continuación etnológica de los antiguos. Rusia y China desempeñan el papel que en otras épocas Jerjes, Gengis Khan o Mahomet II. El Oriente es, como siempre lo fue, gregario, o lo que es igual, exacerbadamente comunitario, forma un bloque mineral donde la molécula humana no se percibe y carece además, de la menor importancia.

Ahora bien, en el presente período de tiempo, por motivos históricos que no hemos de desmenuzar, Rusia, el Oriente se apuntó una victoria o varias. La victoria oriental puso de moda el comunismo entre el individualista occidental. Y occidente, como una muestra más de su individualización caprichosa, se deja ganar por esta tendencia, sin que importe que aquella victoria haya sido lograda en colaboración con el propio occidental. Puede más la reacción y

el odio contra los pueblos intermedios vencidos que el temor a que el natural enemigo Oriental por las armas o por las ideas, se imponga a nuestro modo de vivir. Si Oriente no hubiera sido el vencedor, huelga decir que no estaría hoy de moda el Comunismo ni por ende, estaríamos oyendo cada tres minutos el tópico del comunitarismo aplicado a todos los trances de la vida, desde el más incorpóreo al más tangible.

CARLOS A. CALLEJO

JERONIMOS Y TRAPENSES EN MALLORCA

Alguien comparó la labor del historiador a la voz misteriosa de Ezequiel, a cuyo vaticinio recobraban la vida los huesos incontables que yacían, áridos y resecos, de la casa de Israel. Al sonido de su profecía los huesos se allegaban a los huesos y Dios les devolvía los nervios, recubría de carne los esqueletos, los revestía de piel y les infundía un nuevo espíritu. La visión profética nos ha venido a las mientes al cerrar el nuevo libro que acaba de publicar el bien conocido historiador del ascetismo eremítico mallorquín, Rdo. Bartolomé Guasp (1). Sacerdote, historiador y poeta es como el albacea nato del glorioso pasado cenobítico y anacorético de Mallorca. Una paciente búsqueda en los archivos isleños, una lectura de todo lo publicado sobre la materia y un conocimiento completo de su Isla natal recorrida palmo a palmo, han preparado y documentado al Autor para darnos una hermosa síntesis de tantos y tan dispersos elementos. Por eso alternan en su publicación los recuerdos personales con las reminiscencias bíblicas o las composiciones poéticas con las notas eruditas.

La Comunidad Jerónima se estableció en Miramar

por los años de 1400 reinando Don Martín I, el Humano. Permaneció en Mallorca hasta 1443. Duración efímera, pero que se ensambla con la vida de los ermitaños que les precedieron y les sustituyeron en el mismo lugar, tan célebre por sus recuerdos lulianos. Cuanto a los Trapenses, se establecieron en el Valle de San José, del término de Andraitx, en 1810, y permanecieron allí durante un decenio. Las vicisitudes de ambas fundaciones dan sumo interés al libro de Mn. Guasp y hacen necesaria su lectura al que quiera adentrarse un poco en el alma religiosa de Mallorca en dos épocas movidas de su historia: los siglos xv y xix.

La producción en prosa y en verso de Mn. Guasp es ya muy copiosa. Celebramos de veras la publicación de su libro, fruto sazonado de su estudiosidad y vemos con satisfacción cómo se cumplen las esperanzas que en él cifraba el altísimo Poeta de Mallorca, Costa y Llobera, cuando le decía, al oír sus primeros versos:

la refilada primera
jo sent ara embadalit,
i mon cor de tu ja espera
l'himne excels de l'esperit.

FRANCISCO SEGURA, s. i.

(1) *Hubo Jerónimos y Trapenses en Mallorca*, por BARTOLOMÉ GUASP GELABERT, Pro.. Palma. Imp. de los Sagrados Corazones. 1967. 21 x 16 centímetros, 210 páginas.

FE VIVA

Entre todas las “crisis” de nuestra época, tantas y tan graves, y no pocas de ellas tan funestas, hay una que es la más grave de todas y la más funesta; y la que explica, entre cristianos, todas las demás: la “crisis” de fe, de fe viva.

Por esto será muy conveniente y oportuno exponer lo que es fe viva; y cuáles son sus admirables e importantísimos efectos.

1.º QUÉ ES FE VIVA

A los que han hecho los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, o conocen su modo de expresarse, por haber leído algunas de sus admirables cartas o su íntimo “Diario espiritual”, les será fácil entender lo que es la fe viva. Es, con expresión de San Ignacio, *sentir* la fe; sentir las verdades reveladas por Dios, y sus consecuencias prácticas y vitales. Empero, *sentirlas*, no con un mero sentimiento de emoción, no con sentimentalismo, tan del todo ajeno al carácter y modo de hablar de San Ignacio; sino con un *sentido interno*; con aquel sentido interno que nos propone el Santo, y con el que hemos de sentir y gustar las cosas espirituales internamente; o sea, con un sentido en el que confluyan todas nuestras potencias y energías; un sentido que sea de todo nuestro ser, el superior y el inferior; de todo nuestro espíritu humano y cristiano, natural y sobrenatural; todas nuestras facultades, aunadas para ese sentido interno.

Y si lo mismo lo queremos decir de otro modo, aunque muy parecido, la fe viva consiste en aceptar voluntaria y libremente, con íntima convicción, y con sincero afecto de agradecimiento y amor, las verdades que Dios, por su inmensa bondad y amor, se ha dignado revelarnos a sus hijos, los hombres; y aceptarlas para vivirlas, para abrazarnos con ellas y con todas sus consecuencias; o, como ahora se dice, con todas las exigencias de las mismas verdades reveladas, las verdades de la fe.

Todavía podemos completar la explicación de lo que es fe viva, en esta forma. La fe es una gracia sobrenatural de Dios; una virtud teologal, o divina, que el Espíritu Santo nos infunde por los merecimientos de Jesucristo; virtud que es una luz celestial, participación de la Luz increada, que es Dios; porque “Dios es luz”, según nos dice San Juan (1 In., 1, 5); y de Cristo nos dice el mismo santo Apóstol y Evangelista, que “es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene

a este mundo” (In., 1, 9); y el mismo Divino Salvador dijo de sí mismo: “Yo soy la Luz del mundo” (In., 8, 12).

Esta luz, que es la fe, participación de la Luz divina, nos la infunde el Señor, por su inmensa bondad, para realizar su amoroso designio de que ella ilumine toda nuestra alma y toda nuestra vida; y así es que nos la infunde para que esa luz celestial no tan sólo llene nuestra mente con divinas claridades, sino también para que descendiendo de nuestra inteligencia a las regiones caldedas del afecto y del sentimiento, sea fuerza divina en nuestra voluntad, y ardor divino en nuestro corazón.

Así pues, entonces la fe se dice ser viva, cuando abrimos libremente toda nuestra alma a esa luz, a esa fuerza, a ese ardor. Es decir, cuando en primer lugar, abrimos voluntariamente nuestro entendimiento para recibir y aceptar esa luz, dando a la verdad revelada el libre asentimiento de nuestra inteligencia; cuando también abrimos libremente nuestra voluntad a esa fuerza divina, para que opere en nosotros, y nos mueva e impulse al bien obrar; y, cuando, finalmente, abrimos de par en par y con plena libertad nuestro corazón a ese ardor divino, para que nos encienda en el amor sobrenatural de la caridad; y así cumplamos lo que nos recomienda el Apóstol: “Ambulate in dilectione”; caminad en el amor de caridad (Eph., 5, 2).

Y para decirlo en otra forma de expresión, aunque igual en la sustancia, es viva la fe en realidad de verdad, cuando hacemos libre y voluntariamente una entrega completa de nuestra alma y de toda nuestra vida a la verdad revelada por Dios; es decir, cuando no tan sólo hacemos la entrega de nuestra inteligencia, dando libremente el asentimiento de nuestro entendimiento a al verdad que Dios nos ha revelado, y por el motivo de la autoridad de Dios, que nos la revela, y que no puede engañarse ni engañarnos; sino también es la voluntad la que se entrega a esa verdad revelada, para quererla; y es asimismo nuestro corazón el que se entre-

ga a ella, para amarla; y así, obrar conforme a ella, abrazándola con la inteligencia, con la voluntad y con el corazón; o sea, aceptándola, queriéndola y amándola; y de esta manera lograr que la fe influya eficazmente, plenamente, en todas nuestras acciones; pues así, la fe es viva, es vital; fe que se muestra ser viva por el movimiento, por las obras; obras conformes a la fe; que obremos según creemos; que la vida toda concuerde con la creencia.

De este modo, nuestros criterios, máximas y principios son de fe; nuestra aceptación y cumplimiento de la

divina voluntad en lo próspero y en lo adverso, en lo fácil y en lo difícil, en lo que es de precepto y en lo que es de consejo, es obra de fe; nuestra obediencia a la Iglesia Jerárquica y a todos los que son nuestros Superiores en la sociedad familiar y en la sociedad civil, obediencia de fe; y lo mismo nuestra paciencia y fortaleza en las contrariedades y cruces de nuestra vida; paciencia, fortaleza y cruz de fe; y, sobre todo, nuestra esperanza, excitada por la fe, y nuestra caridad, fundada en la fe; esperanza de fe, y caridad que anima y vivifica a la fe; fe que obra por la caridad.

2.º EFECTOS DE LA FE, CUANDO ES VIVA

Larguísimo sería exponerlos todos, y aun algunos de ellos. Nos ceñiremos a dos enseñanzas acerca de esto; una, del Concilio Vaticano II, que se funda en el Evangelio; y otra, del Evangelio mismo, en uno de sus más memorables y preciosos pasajes.

a) En el número 41 de la Constitución dogmática "Lumen gentium", y que en el número 3.º de su Capítulo V, "Universal vocación a la santidad en la Iglesia", nos propone el Concilio cuál es la esencia o sustancia de esa santidad a la que todos los discípulos de Cristo somos llamados; y nos lo dice con estas breves y admirables palabras: "Una misma es la santidad que cultivan, en cualquier clase o estado de vida, los que son guiados por el Espíritu de Dios, obedeciendo a la voz del Padre, y adorando a Dios y al Padre en espíritu y verdad, siguen a Cristo, pobre, humilde y cargado con la Cruz, para merecer la participación de su gloria". Y, a continuación, nos enseña el Concilio la manera concreta y práctica de realizar ése como programa o plan de santidad que nos acaba de trazar, y que es la misma para todos los cristianos.

Lo dice en la forma siguiente: "Según esto, cada uno, conforme a los dones y gracias recibidas, debe

caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad".

Con esto nos enseña el Concilio los efectos principales de la fe viva; uno, por decirlo así, general; y otros dos, inmediatos y particulares.

Es efecto general, magnífico, de la fe, cuando es fe viva, ser ella el camino; notémoslo bien; no un camino, sino EL camino para realizar aquel programa o plan de santidad, a la que todos somos llamados; el camino por donde hemos de ir santificándonos, para ir alcanzando la verdadera santidad cristiana. Y no hay otro camino; pero éste lleva seguramente, conduce indefectiblemente a la santidad, cuando se sigue con ánimo esforzado, cuando la fe es viva en verdad.

Y los efectos particulares de la misma fe, cuando es viva, son que ella excita la esperanza, y obra por la caridad. ¿De qué manera? Veámoslo.

EFECTOS PARTICULARES

Entre otras verdades, nos ha revelado Dios, como fundamento de nuestra vida práctica, la verdad de nuestro último fin sobrenatural, los bienes eternos para cuya dichosísima posesión Dios nos ha creado a su imagen, nos ha enaltecido a su semejanza, al elevarnos al orden sobrenatural, y nos ha redemido por su Hijo, hecho Hombre, Jesucristo; y todo con inmensa bondad, y a impulsos de su amor. Ni tan sólo nos ha revelado Dios estos bienes eternos, sino que nos los ha prometido. Es, pues, cosa clara que cuanto más viva sea nuestra fe en los bienes eternos que Dios nos ha revelado y prometido, tanto más se reanimará y excitará nuestra esperanza de llegar a poseerlos para siempre. Y así, San Pablo, al darnos en su Carta a los Hebreos, la definición o concepto de la fe, lo hace, en primer lugar, con relación a la esperanza, pues nos dice: "Fe es el fundamento de

las cosas que esperamos, y la que nos convence a creer las cosas que nos vemos" (Hebr., 11, 1). Y en realidad, si bien el objeto de la fe es todo lo que Dios se ha dignado revelarnos; y ella sola es argumento solidísimo para creer lo que no vemos ni entendemos; sin embargo, aquí San Pablo, o, por mejor decir, el Espíritu Santo, nos presenta la fe como sostén y fundamento de nuestra esperanza; para que cuanto la fe sea más viva en la verdad de nuestro último fin, en los bienes eternos de la gloria del cielo, más se excite y se afiance nuestra esperanza de alcanzar aquel fin, y gozar eternamente de aquellos bienes.

Además, si la fe es viva, lo es porque la vivifica o informa la virtud de la caridad, o amor sobrenatural; y siendo así, obra la fe, y obra grandes cosas: todo lo

que pertenece a nuestra salvación, y todo lo que concierne a nuestra santificación; la guarda de los preceptos, y la observancia de los consejos evangélicos, a lo menos en su espíritu; y también en su práctica para los llamados a ella, en pos de Cristo. También es San Pablo quien nos enseña lo que aquí nos dice el Concilio, de que la fe obra por la caridad; lo cual es excelente efecto de la fe, cuando es viva. Nos habla el Apóstol de "la fe que obra o actúa por la caridad" (Gal., 5, 16); y con esto nos enseña que precisamente la fe es viva, cuando

la vivifica, la informa, la mueve, la impulsa la caridad. Lo cual se entiende bien por comparación con lo que sucede en la vida humana; pues así como en nuestra vida, el que se mueve, el que ve, el que oye, etc., es el cuerpo; empero animado y vivificado por el alma; y de tal suerte, que sin ella, el cuerpo ni se mueve, ni ve, ni oye, etc.; lo mismo en la vida cristiana; la fe es la que se mueve, la que actúa y opera, la que nos lleva a la vida eterna; empero por el alma que la vivifica, que es la caridad.

LA ORACIÓN SACERDOTAL

b) El pasaje evangélico que nos descubre a maravilla los admirables efectos de la fe viva, es el Discurso o conversación de despedida y la Oración Sacerdotal de Jesús en la Última Cena, al final de ella.

Los que mucho se quieren, si han de separarse, y ya no han de verse, por haber de vivir unos lejos de otros, en su despedida, siempre triste, no tienen más que un deseo de manifestarse, una recomendación que hacerse: permanecer unidos, con una unión cordial, en espíritu; es decir, por el mutuo frecuente recuerdo, con la mutua frecuente comunicación epistolar. Así se consuelan en la despedida, porque van a permanecer unidos. Se aman cordialmente; y seguirán unidos de corazón.

También Cristo Nuestro Señor hubo de separarse de sus queridos Apóstoles cuanto a la presencia visible y corporal; pues había de ir a la Pasión; y aun después de resucitado, les había de dejar para subir al cielo.

Y también el Divino Salvador quiso despedirse de sus Apóstoles; y en ellos, de todos nosotros, pues nos había de dejar cuanto a su presencia corporal y visible. Y su despedida fue al final de la Última Cena, el Jueves Santo por la tarde.

En aquella hora solemne, no tuvo otro deseo que manifestar a sus Apóstoles, a los que tanto amaba; y en ellos a todos nosotros, a quienes tanto amaba y había de seguir amando; ni otra suprema recomendación que hacerles y hacernos, sino la unión con Él. En este deseo y recomendación cifró Jesús todo nuestro bien: "Permaneced en Mí, y Yo en vosotros" (In., 15, 4).

Ni se limitó a decirlo brevemente, y con una sola expresión; sino que quiso, como quien dice, abrirnos su Corazón; y así fue que por la capital importancia de nuestra unión con Él; y para mostrarnos el alto y profundo sentido del deseo supremo que nos manifestaba, y de la recomendación suprema que nos hacía, quiso revelarnos las cualidades que había de tener esta unión nuestra con Él, la finalidad de ella, y la manera práctica de realizarla.

CUALIDADES

Sus cualidades han de ser éstas: que sea, como es obvio, unión espiritual; en espíritu; o sea, con los recuerdos, los pensamientos y los afectos, que son los actos de nuestra alma espiritual; además, unión muy estrecha e íntima; esto es, que tanto nuestros recuerdos como nuestros pensamientos, y, sobre todo, nuestros afectos, sean tan frecuentes y vivos, tan sinceros e intensos, que al recordarle asiduamente a Él, y todas sus cosas, su doctrina y su vida; al pensar mucho en Él, y pensando también como Él, con sus mismos criterios y máximas; y, más que nada, al amarle a Él muy de veras, y todo lo demás en Él y para Él; queden como fundidos los corazones: lo pobre nuestro con lo Santísimo suyo; y así tengamos con Él un solo corazón, ya que el corazón es el símbolo connatural y la expresión bíblica de toda la vida interior, y movida por el amor. Y si al estar íntimamente unidos con Cristo, tenemos con Él un

solo corazón, tendremos también con Él una sola alma: "Cor unum et anima una". Y la tercera cualidad de nuestra unión con Cristo es que ha de ser *vital*; es decir, una unión por la que recibimos la vida de Cristo, para vivirla nosotros, y vivirla como Él la vivió; y así dar frutos de vida sobrenatural y santa, semejantes en todo a los de Cristo.

Por ser esta tercera cualidad de nuestra unión con Cristo la más importante, se puso a declarárnosla en aquel su Discurso de despedida; y lo hizo con la parábola más bella y profunda del Evangelio: la de la cepa y los sarmientos. Así como los sarmientos están unidos orgánicamente a la cepa; de ella reciben la vida; y tienen con la cepa una misma y sola vida; así debíamos estar los discípulos de Cristo unidos con Él, y de una manera estable: "Permaneced en Mí, que Yo permaneceré en vosotros" (In., 15, 4).

FINALIDAD

Mas, ¿cuál ha de ser la finalidad última de esta nuestra unión con Cristo? Nos lo revela Él mismo que al vivir unidos con Él, quedemos unidos con las tres Divinas Personas; lleguemos o vayamos llegando a la participación de la vida divina, de la vida Trinitaria, aun ahora, en nuestra peregrinación terrestre; y de este modo nos preparemos para alcanzar nuestra definitiva y consumada unión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la gloria del cielo; con lo cual participaremos perfecta y dichosamente, y en la eternidad, de la vida Trinitaria y de la misma felicidad de Dios, Uno y Trino. Más aún; este vivir unidos con Cristo, y por Él con la Trinidad Augusta, será no sólo una preparación de merecimiento para lograr aquella unión definitiva; sino que será también una iniciación de ella, aun entre las lágrimas del destierro; pues comenzaremos aquí lo que ha de ser nuestra vida celeste: vida eterna en Dios. ¿Puede haber una finalidad más alta; y, al mismo tiempo, un motivo más poderoso y eficaz para que, penetrando en el gran deseo de Cristo, y cumpliendo su recomendación suprema, permanezcamos unidos con Él?

Y todavía nos añade el Divino Maestro, con una re-

velación de suma importancia, de qué manera hemos de realizar esta unión espiritual, íntima y vital con Él; unión permanente. La hemos de realizar por la fe, la esperanza y la caridad; lo cual es lo que más ampliamente expone Cristo en aquel Discurso de despedida, y lo reafirma en su Oración Sacerdotal. Mas ahora no hay espacio para seguir la magnífica exposición que nos hace Jesús sobre esta manera soberana de realizar nuestra unión con Él.

Nos resta preguntarnos: ¿no han de parecernos como un eco resonante de las enseñanzas antedichas de Jesús, las palabras del Concilio, con las que nos muestra el camino para la santidad cristiana: "el camino de la fe, que excita la esperanza y obra por la caridad? Es la fe viva, que con frase acertadísima, llama San Pablo "fe de corazón" (Rom., 10, 10); y de ella nos dice que su efecto es la vida de la gracia, la justificación; y, por consiguiente, la vida eterna de la Gloria. ¿Cómo se podía definir mejor lo que es la fe viva, y sus efectos tan grandes como son la Gracia y la Gloria?

ROBERTO CAYUELA, s. i.

«STORIA DELLA CHIESA SPAGNOLA»

En 16 capítulos, agrupados en cuatro partes más un apéndice documental, traza el autor un cuadro completo de la historia de la Iglesia española en el lapso transcurrido de 1931 a 1966.

Comienza el estudio analizando breve, pero acertadamente la caída de la monarquía y sus causas en aquella circunstancia; así como estudia los enemigos, entre los que cita destacadamente a la Masonería, copiando, un documento de la Gran Logia española del año 1868 cuyos ocho puntos constituyen un programa completo de irreligión y anticlericalismo, que habrían de poner en marcha los republicanos de 1931-36, una vez proclamada la república "por decreto real". No menciona especialmente la causa esencial de la caída de la monarquía, a saber: su carácter liberal, democrático, parlamentario, completamente extraño a la tradicional monarquía católica española, lo que hacía de aquella una república coronada; y por ello, el 14 de abril de 1931,

no hizo sino "quitarse la corona" en frase de uno de los más ilustres partidarios de Don Alfonso XIII y su estirpe. No tenía el amor del verdadero pueblo y ello fue también causa importante de su caída.

El autor se ha servido para escribir su obra de fuentes llamemos completamente "ortodoxas" y otras que no lo son tanto o nada. De aquí que, aunque, en general trata con verdad y rigor histórico los hechos, falla en algunas cosas, por ejemplo: Casi siempre que habla de monárquicos, se refiere a los alfonsinos o liberales, como si fuesen los únicos de España. Si cita a los carlistas es como considerándolos, parece, unos extremistas, muy católicos, pero nada más. Habla alguna vez de "Renovación Española" o sea el partido monárquico alfonsino, como si fuera el único. En los primeros capítulos de la obra considera a "Acción Popular" (dirigida por Gil-Robles) como el grupo más antiguo y mejor introducido de derechos. Ignora la existencia de la centenaria Comunión católico-monárquica tradicionalista. Dice que Calvo Sotelo era el Jefe de la CEDA, cuando lo asesinaron.

* Roma. Instituto Editoriale del Mediterraneo, 1967. (Un volumen de 316 páginas, con prólogo del Arzobispo de Madrid, monseñor Casimiro Morcillo).

Así que no es de extrañar que al hablar de católicos se refiera a los de "El Debate" de entonces y el "Ya" de ahora; o sea los católicos-liberales, con los que nada tienen que ver los auténticos católicos en política o sea los carlistas. Aunque, en los capítulos finales de la obra, al analizar las consecuencias de la política cobarde y desgraciada de la CEDA y sus contubernios con partidos republicanos y con personajes masónicos, los juzgue con el rigor que merece su desdichada política claudicante del mal menor y el bien posible y de adhesión a aquella república masónica de patibularios que hizo necesario el Movimiento Nacional, calificado de Cruzada por la Jerarquía eclesiástica de España y por los dos gloriosos pontífices romanos, Pío XI y Pío XII. Aunque la política vaticana con respecto a la República española la juzgue equivocada y, por ende, perniciosa, como en realidad lo fue: demostración sangrante y evidente de ello la terrible persecución de la Iglesia y clero español, desde abril de 1931 hasta (en la zona roja) igual mes de 1939 con la secuela de destrucciones y víctimas ya bien conocidas; pero que siempre es útil recordar, siquiera en sus cifras generales: 13 obispos y unos 8.000 sacerdotes, religiosos y religiosas, asesinados; muchos de ellos tras horribles torturas, y cerca de 300.000 seglares de ambos sexos, igualmente sacrificados, tan sólo por ser católicos, y todos sin una sola apostasía, ¡caso admirable! Miles de iglesias destruidas con magníficas obras de arte y precisos documentos, desaparecidos para siempre de las casas de Dios y del acervo cultural del mundo. A este propósito no puedo menos de recordar las memorables palabras de Menéndez y Pelayo, refiriéndose a la matanza de frailes de 1836 "no conviene, por un muelle y femenino sentimentalismo (hoy diríamos progresismo) apartar la vista de aquellas abominaciones, que se quieren hacer hacer olvidar a todo trance". Más enseñanzas hay en ellas que en muchos tratados de filosofía y todo detalle es fuente de verdad y clave de en-

señanza histórica". Y las no menos memorables de Vázquez de Mella: "en los pueblos decadentes, como en los hombres decrépitos, una de las cosas que se pierden primero, antes de perderlo todo, es la memoria".

Estudia y reproduce —especialmente algunos— los documentos de la Jerarquía eclesiástica española, informando al mundo de la realidad española y del carácter de "cruzada" de la guerra de Liberación; cualidad tan olvidada y aun negada —¡quién lo hubiera dicho!— por una parte del clero actual, el "progresista" naturalmente. Ya no se habla de aquella encíclica de Pío XI, aparecida el 19 de marzo de 1937, en plena cruzada, condenando al comunismo ateo y la persecución de que hizo víctima a la iglesia española; hace una extensa cita sobre este particular, que termina así "Y una destrucción tan espantosa se realiza con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se habría creído posible en nuestro siglo".

Estudia a continuación la situación actual de la Iglesia en España, deteniéndose en el examen de las consecuencias del llamado "progresismo", sobre todo después del Concilio Vaticano II; diciendo la verdad sobre la actitud más o menos proclive a dicho error de diversos "movimientos", organizaciones y prensa denominados católicos. Entre ellos menciona al diario "Ya", y sus campañas de desorientación, a "Cuadernos para el diálogo", al que tacha de abiertamente progresista, así como a su director D. Joaquín Ruiz Jiménez. Estudia los ruidosos y lamentables incidentes provocados por una parte del clero de ambas categorías de Barcelona y Bilbao, incluso las famosas marchas "pacíficas". E incluye entre las organizaciones en cuestión a varias del laicado que han dado recientes escándalos, sobradamente conocidos.

Como se ve habla con toda claridad y verdad, como cumple a un buen cristiano.

Por todo lo cual estimo útil en grado sumo la lectura del libro referido, aun con los defectos de que se ha hecho mérito.

L. R. H.

Para orientarse en la confusión creada por la publicación de textos mutilados y erróneos sobre el Concilio Vaticano II, adquiera el libro:

LO QUE NO HA DICHO EL CONCILIO

de José Ricart Torrens, Pbro.

Editado por PUBLICACIONES CRISTIANDAD

GERMÀ, ¿QUÈ HAS FET?

A UN SACERDOT QUE HA DEMANAT
LA SECULARITZACIO PER CASAR-SE

Visc, ja no pas jo, sinó que el qui viu en mi és Crist. I aquesta vida que ara visc en carn, la visc en la fe del Fill de Déu, que em va estimar i es lliurà per mi.

Gàlates, 2, 20.

Germà, ¿què has fet? Les mans sobre l'arada
has aixecat, girant-te a mirar enrera;
deixant el solc, on mai creixerà blat:

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans ungides amb sant oli
que un dia el Bisbe et lligà ja per sempre,
has separat perdent l'aroma santa:

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans, que un jorn la teva mare
besà amb amor, quan foren consagrades,
¿has profanat baratant les besades?

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans, cada dia a trenc d'auca
que tremoloses, les de Crist tenien,
¿les d'una dona, sols estranyen ara?

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans, que alçant-se perdonaven
amb gest de creu, sadollant pobres ànimes
de santa pau, mai més perdonaran:

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans, en lloc d'ésser clavades
amb Jesucrist en creu, les has donades:
¿potser l'amor de Crist, ja no cercaven?

Germà, ¿què has fet?

Aquelles mans, que flors d'Amor Etern
vers Déu alçaven, ¿ara flors pancides
que emporta el vent, sens tremolor ofereixen?

Germà, ¿què has fet?

Pobre Germà, ¿si sabessis que et planyo!
Com Esaú, que baratà l'herència,
per menjar un plat de llenties migrades:

Germà, ¿què has fet?

Pau de Viladordis

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

VI

INGLATERRA: UN GRAN IMPERIO SIN BASE TEOLOGICA

(Continuación)

El lector que haya seguido nuestros dos últimos artículos dedicados a Inglaterra y a su pueblo, no podrá, ciertamente, acusarnos de anglófilos. Vamos ahora, no obstante, a reconocer —después de haberlo hecho con sus grandes pecados— su cualidades.

Es cierto que el prestigio de Inglaterra, al comenzar la Guerra del 14, fin de casi dos milenios de Humanidad a nuestro entender, y cambio radical en todo, derivaba, ante todo, de su universalidad y de su potencia marítima, que en aquel momento superaba en trascendencia a la misma terrestre. Pero también justo es reconocer derivaba de algunas virtudes humanas del pueblo británico, que nos toca recoger aquí.

Es la primera de ellas su distinción natural, que contrasta, como hemos visto antes, en raza de no extraordinaria mente. Mas no es baja, ni turiferarismo anglófilo el reconocer en ella un señorío y, un natural aristocrático que lo distingue entre los pueblos.

El primer testimonio es ya un tópico. Lo reproducimos —para sacarlo del primer fragmento que tenemos a mano —de Maurois: “Es conocida la clásica anécdota. Al atravesar el Papa en Roma el mercado de esclavos, ve a unos jóvenes, de cabellos rubios y tez maravillosamente blanca, y pregunta de dónde vienen. “Son —le contesta alguien— los Anglos (Angli) de Bretaña”. “Non Angli —responde el Pontífice— sed angeli...” Tienen rostro de ángeles, y es preciso que sean compañeros de los ángeles del cielo...” Y el Papa decide mandar misioneros al lejano y brumoso Támesis.

El segundo ya lo es menos. Es el de nuestro —de “nuestro”— Padre Ramière. En sus “Esperanzas de la Iglesia”, se detiene en dos grandes aspectos: “Motivos de esperanza respecto a Francia...” “...Motivos de esperanza respecto de Inglaterra...” Sabedor bien —nada de chauvinismos— el gran Padre y pensador, que la Providencia jamás se arrepiente de sus dones, estima que los dos pueblos que han recibido más de tales dones, Francia e Inglaterra, entre todos los del mundo, tarde o temprano habrán de reparar su apostasía, y corresponder a las abundancias con que se les ha dotado de lo alto...

Prestigio, por lo tanto, de Inglaterra, por reunir, al lado de la máxima expansión imperial y universal que geográficamente vieran los siglos, y de la mayor potencia naval de todos los tiempo (unida, necesariamente, al emporio comercial que era su secuela) una serie de cualidades que, no por conocidas, huelga repetir aquí.

Aristocracia, sociedad, gusto, artes

Es imposible ver Inglaterra sin admirar —aun hoy, en plena decadencia— sus bellas cosas.

Es país que ha sido tachado de poco artista. Y, sin embargo, su gótico —a nuestro humilde entender—, catedrales de Westminster, Winchester, Salisbury, York, y tantas otras, supera quizá en esbeltez y elegancia a las mismas de Colonia, de Reims, de Amiens, de Burgos o de León.

Sus deleitosos lugares, ciudades llenas de sabor medieval, Oxford, Cambridge, Windsor, rivalizan con los Rotembourg-ob-den-Tauber, Oberammergau alemanas, con el St. Wolfgang y demás deliciosos rincones austriacos, con los patios y avenidas de los castillos del Loira franceses y aun con los grandes lugares de la Isla de Francia, Compiègne o Chantilly.

Si no han tenido pintores, sus paisajistas son los primeros. Si no músicos, en literatura lucen a Shakespeare y a Milton. Y en el pensamiento —por desgracia descarriadamente— no han quedado nunca atrás.

Su sentido del hogar, ha llevado a que la decoración y el mueble ingleses diesen el tono, en las épocas de mejor gusto. Sin baja, es preciso reconocer que el “home” inglés superaba al propio bávaro, al austriaco, a todo cuanto de más acogedor haya producido el genio centroeuropeo.

Una sociedad tradicional, amante, hasta la exageración de las buenas formas —por desgracia más de barniz exterior que profundamente sinceras—, daba, sin embargo, un tono de empaque aristocrático que no podía menos de ser imitado en toda Europa.

Es notable observar —y esto caracteriza a la “Belle Époque”—, que, aun y siendo como era Francia el centro del pensamiento, del gusto y de la moda del orbe, imitaba muchas más cosas la sociedad francesa de la inglesa, que viceversa. Todo cuanto arribaba del Támesis, aun y en el gran París de Haussmann, y luego del dorado “fin de siècle”, era acatado sin discusión.

Y este prestigio trascendía de lo social a lo político.

La obra de Inglaterra

Hablar de ella, y resumirla en un artículo es ocioso, por obvio. Toda la historia de Europa está unida, y es, en cierto modo, obra directa o indirecta de Inglaterra.

Por tanto, y de un modo especial, la Europa de 1914-1917, la de las 6 Potencias, la Europa que acababa de salir de la Belle Époque coronación, por así decir, que una civilización —o quizá mejor, de una pseudo civilización— de dos milenios, era, en parte muy fuerte, obra inglesa.

Aquella Inglaterra —de la que era depósito, en cierto modo, su aun actual aristocracia, y su constitución social-política “suigeneris”—, que en el Medioevo había dado un ejemplo —sólo rivalizado por la Corona de Aragón-Cataluña— de institucionalismo real-democrático especial, luego, bajo la Reforma y su absolutismo real-anglicano, había comenzado su bien conocida carrera, jugando y aprovechando todas las rivalidades intercontinentales, y aprovechándose de cuantas luchas intestinas pudiesen enfrentar en tierra de Europa o españoles, franceses, alemanes, italianos, rusos o austriacos. Detenernos en todo esto, sería tan largo como volver a detallar la historia universal toda. Ella no tiene mejor observatorio que este Parlamento inglés, desde los tiempos de Juan sin Tierra —es un decir—, hasta el momento en que Asquith y Grey declararon la guerra a Alemania en el agosto del 14. En este Parlamento, extrañamente análogo en altos principios e inspiración, como hemos dicho, a las Cortes catalano-aragonesas, avanzados ambos en inspiraciones democráticas que habían de dar, tras trascendentales avatares, nota al mundo.

Ya en el Medioevo, la intervención inglesa que culmina en su largo dominio de gran parte de Francia, es misteriosa. Pocos misterios existen superiores al de esta Santa Juana de Arco, tan desconcertante, ya que aparece mucho más heroína nacional que mística. Mas es Mártir, o, por lo menos, Santa. Lo ha definido la Iglesia. Tal martirio parece significar que un triunfo de Inglaterra y un dominio suyo continental —a lo que se opuso Juana—, hubiera, un siglo o dos más tarde representado la protestantización de Europa. Después del gran episodio de la Doncella, y de la guerra civil de las dos Rosas, con Enrique VIII, Isabel y la Reforma anglicana comienza una ascensión cuyo principal triunfo es el obtenido sobre España. Aquí se inicia la acción antiteocrática inglesa, con su significativa, desconcertante y más misteriosa que nada, Revolución —típicamente anglo-sajona, por lo ilógica—, y que debía entronizar un virus calvinista-democrático que había de extenderse por toda Europa.

La unión británica.

El hecho diferencial de Escocia

Y tiene entonces lugar otro hecho, trascendental para las Islas, pero más aún para el mundo. Inglaterra conquista a Escocia y a Irlanda. Ya no será Inglaterra, por lo menos, el nombre oficial, sino Britania. “Britania, rule the waves!”, rezará su himno nacional. La conquista de Irlanda, la mártir, la benemérita, tendrá una inmensa influencia: dejando aparte circunstanciales consecuen-

cias de un modo de ser extremado y violento, producirá el hecho de que, una vez, de la Verde Erin, quizá fugitivos de la tiranía inglesa, salgan emigrados y auténticos misioneros también, cuya benéfica influencia católica en el nuevo mundo anglo-sajón americano ha sido tan patente. Pero, dentro de la política isleña, el efecto de la conquista —que nunca fue unión— con Irlanda ha sido siempre más perturbador que profundo, hasta su actual separación.

En cambio, la unión con Escocia ha aportado a Britania este carácter tan trascendental que es propio sólo de los grandes pueblos: el tener una parte del mismo, en el que se registre este “hecho diferencial” tan discutido, pero, al mismo tiempo, tan fértil. Este “hecho diferencial” que en otros trabajos nuestros hemos señalado en los dos quizá mayores del Orbe: el español, que posee el hecho diferencial de Cataluña. El israelí, que tiene el de Galilea. Igualmente, la fecundidad del hecho diferencial de Escocia, en la vida de Britania, es tan enorme como poco conocido. Le ha aportado, si más no, el único sentido teológico que guarda la Gran Bretaña, porque, al revés de Inglaterra, Escocia, la de las mil sectas, la de los presbiterianos y calvinistas y puritanos es, precisamente por esta razón, un gran país profundamente religioso dentro de sus muchos errores. Y por ello la impronta, y la influencia escocesa ha sido tan grande.

Impronta británica en la Historia Universal

Consumada, por tanto, la unidad británica, se inicia el gran juego de los tres últimos siglos: la tarea de enfrentar las potencias continentales (que en su feroz nacionalismo ya estaban prestas a hacerlo) unas contra otras, oponiéndose a la que resulte hegemónica, Francia por lo común. Entretanto, el Reino Unido va extendiendo su Imperio colonial. Los primeros jalones, las Antillas españolas y el Canadá francés. Al sur de aquí, Inglaterra sufre la única derrota oficial de toda su larga historia: la independencia de los Estados Unidos, que, siglos más tarde, habían de sucederle como potencia la mayor del Orbe. Su segundo jalón: la India.

¡Qué impronta, la británica, en la historia universal! La más característica es aún, sin embargo, su influencia a favor de la Revolución y la Democracia europeas. Y, cosa notable: como la serpiente, que inyecta su veneno a los demás, quedando ella inmune, la Revolución inglesa es inspiradora de la francesa, y hace a esta última la auténtica sucesora de la cadena Calvino y Knox. En Rousseau. Ello no impide, sin embargo, que luego, por juego político, para evitar una nueva hegemonía, Inglaterra no aliente las coaliciones contra la República francesa y Napoleón. Y, al destruir a éste, lo hace, al mismo tiempo al Imperio español. Buena jugada. Como, en 1918, al sepultar al Imperio alemán, su rival de 1914, por carambola hace lo mismo con el Imperio zarista, su rival eterno del siglo XIX.

Todo este siglo, el XIX, aparte del telón de fondo de su lucha, casi siempre más fría que caliente, contra Rusia, es, ante todo, el de la expansión colonial inglesa: media África, toda la Oceanía con Australia. Pero, asimismo, es, volviendo a lo que decíamos más arriba, la consagración de Inglaterra como el país de máximo prestigio. Ninguna cancillería europea tomará una decisión sin conocer el beneplácito de Londres. Es, en una palabra, la Era Victoriana, la llamada "pax britannica", en medio de la cual, aquel judío genial, Disraeli, convirtió a su Reina en Emperatriz de la India. Es en esta era que se produce, bajo el visto bueno inglés —gran error de Palmerston— la unidad germánica y la italiana. Y llegamos a la realización del sueño británico: a Europa, que, de una manera o de otra, ha llegado a la plenitud del fin de Siglo— refinada civilización, la Revolución aburguesada, nobilizada y vestida de levita, inmensas contradicciones bajo una capa brillante, con la esplendente belleza de lo que va a morir— dividida en cinco grandes potencias enfrentadas unas contra otras.

Francia, representando al espíritu. Rusia, a la mitad de su extensión. Alemania, su arte y su progreso. Austria-Hungría, un resto de tradición. Italia, la excomulgada, quierase o no, a dos milenios de cristianismo. Agrupadas las dos primeras —la Dúplice— contra las tres últimas, la Tríplice. Perfecto equilibrio.

Fin del «espléndido aislamiento»

E Inglaterra sentada, espectadora desde el tendido, soberbiamente respaldada en su flota.

Pero "quelqu'n trouble la fête". Surgió un hecho que Palmerston no pudo sospechar. La explosión de Alemania, con sus inesperadas energías, tantas, que, por dos veces, y ella sola, había de tener en jaque al mundo. La Alemania de Bismarck, al comenzar el siglo XX, era un coloso contra el que ya no podían Francia y Rusia reunidas. Ya no era un coloso europeo. Se convertía —por su "welt-politik"— en un coloso mundial. Y cuya flota pretendía, nada menos, que rivalizar con la "Navy" británica, señora de los mares.

Y la Inglaterra de Eduardo VII, el hijo de Victoria, comprendió que se había equivocado. Y que debía resignarse a bajar a la liza. El Rey elegante y libertino, alternaba su diplomacia de aproximación a Francia con Delcassé, estableciendo con ella una "Entente", un Acuerdo con el bando más débil, el franco-ruso. Lo alternaba con otras actividades suyas, personalmente menos confesables en el París maravilloso de la Belle Époque.

Y entonces comenzó, en cierto modo, ya, aquel "castigo de Inglaterra" que el genio de Donoso profetizara. El fin del orgulloso aislamiento. Inglaterra resignándose a devenir, si se quiere la pieza maestra, pero, en definitiva ya no el árbitro, sino una pieza, de la triple Entente contra la triple Alianza, para asegurarse el poder frenar a ésta, tanto más cuanto que se contaba con la defección de Italia.

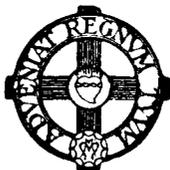
La hora de Inglaterra había sonado...

En 1910 falleció el elegante Eduardo VII, y le sucedió su hijo Jorge V, el rey más típicamente inglés de cuantos ha tenido Inglaterra, digno sucesor, en lo glorioso y en lo menguado, de su abuela Victoria. Típicamente inglés, según la receta de Santayana: cortos alcances, serio, digno, excelente padre de familia y amante de su "home", y, sobre todo, inglés. Inglés cien por cien. Inglés una vez más. Y es bajo Jorge V que llegamos al año de la gran Guerra, al 1914. Después de cuanto llevamos observando de Inglaterra, cuanto hemos ponderado, importa poco aquí saber si los avatares de la tremenda paz armada fueron presididos, en los gabinetes ingleses por un Asquith, por un lord Grey, por un Lloyd George, por un Balfour. Incluso por un tipo singular, que provocaba polémicas y a menudo no se le tomaba muy en serio, joven entonces, llamado Winston Churchill. En el fondo, todos eran ingleses idénticos y típicos, e Inglaterra era la Inglaterra elaborada en dos mil años, y perfilada, como antes hemos dicho, desde que comenzó a dibujarse ante el solio de Juan sin Tierra.

La hora de Inglaterra había sonado, a compás de la del mundo.

La Historia cambiaba.

LUIS CREUS VIDAL



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero 1968

GENERAL:

Que todos los cristianos se persuadan de que «no se puede dar un verdadero ecumenismo sin conversión interior»

MISIONAL:

Por todos los que por el mal ejemplo de los cristianos se apartan de la Iglesia.

LA DEVOCION MARIANA DE NUESTRO BALMES

San Luis M.^a Grignión de Monfort, insigne devoto de María, decía con gran acierto: “De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato: labrándola con buenos instrumentos en materia informe y dura, o vaciándola en un molde. Expuesto a muchos tropiezos, es el primer modo; pronto, fácil y suave, el segundo. ...El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al natural un Dios Hombre, por la unión hipostática, y para formar un hombre Dios por la gracia es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde: cualquiera que se meta en él y se deje manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios... ¡Oh cuánto va de un alma formada en Jesucristo por los medios ordinarios de la que, como los escultores, se fía de su pericia y se apoya en su industria, a la que, muy desligada, muy bien fundida, sin estribar en sí, se mete dentro de María y se deja manejar allí por la acción del Espíritu Santo! ¡Cuántas tachas, cuántos defectos, cuántas ilusiones, cuánto de natural y de humano hay en la primera! Y la segunda ¡cuán pura es y divina y semejante a Jesucristo!”.

Fue metido Balmes en este molde, primero, por designios de la Providencia, como veremos, y después por la devoción que siempre profesó a la Santísima Virgen.

Efectivamente: gracias singularísimas que le dispensó la divina Providencia, fueron el que naciera ya Balmes en una ciudad eminentemente Mariana, cuyo ambiente enmoldó admirablemente su espíritu, y otra el que tuviera una madre que pensó ser su principal oficio el formar el espíritu de su hijo; una madre que, mujer de pueblo como era y sencilla, conocía por intuición que su hijo era algo extraordinario, y que ella tenía un ministerio trascendental que cumplir con aquel hijo. Por ello nunca se separaba de su angelito; le acompañaba a misa diariamente muy de mañana; hacíale arrodillar delante del altar de Santo Tomás en la iglesia de los Padre Dominicos, pidiéndole que creciera en sabiduría, y delante del de la Virgen del Rosario para que a su vez adelantase en gracia de Dios.

“La Virgen y el Angélico —dice el Muy Iltre. Dr. Clemente Villegas, Rector del Seminario de Vich— guardaron sin duda su inocencia, y plantaron en el corazón del niño aquel lirio de pureza, que, perfumó toda su vida” y de su madre —dice el Excmo. Sr. Cardenal Federico Tedeschini— aprendió el amor a la vida sacerdotal logrado orando y amando a la Virgen”.

La primera escuela que frecuentó, fue el colegio de Jesús y María —que dirigía el sacerdote don Ramón Bach y domiciliada en la calle del Argenters, donde vivía la familia Balmes— y en ella halló inmejorable ambiente para acrecentar en su corazón de niño la devoción a los dulces corazones de Jesús y de María.

La vida de piedad de Balmes, aprendida ya en brazos de su madre se intensificó más recientemente con su ingreso en el Seminario, que coincidió con su primera comunión. Entonces empezó una santa costumbre, cual era de que cuando tenía algún céntimo, lo llevaba a la iglesia de la Piedad para la celebración de misas. La iglesia, no obstante, de su más arraigada devoción era la de los Padres Dominicos, donde empezó a frecuentar el trato con los religiosos de este convento, resultando ser uno de sus esparcimiento predilectos de su vida.

Ya estudiante del seminario vicense, ingresó en la Congregación Mariana fundada en 1826 por el Ilmo. Prelado Dr. D. Pablo de Jesús de Corcuera, en dicho centro docente procurando mediante la devoción y consagración a la Santísima Virgen, su propia santificación, y también la de los demás. Para lograrlo asistía con puntualidad a todos los actos de Congregación; amaba a nuestra celestial Madre sobre todo amor terreno; acudía a Ella en todas sus necesidades; procuraba imitar sus virtudes y ser cristiano ejemplar, ajustando perfectamente las creencias y conducta a la fe y moral de la Santa Iglesia Católica.

Por disposición del Rvdo. Sr. Obispo Corcuera ingresó en la célebre Universidad de Cervera, pero jamás menguó su devoción mariana y, así, con gran puntualidad asistía diariamente junto con la Comunidad, en la capilla del Colegio, presidida por una riquísima imagen de la Inmaculada, para rezar a coro el Rosario, la Letanías y la Salve.

Nunca salió del colegio sin el bonete y en el pecho sobre la sotana, siempre llevaba el escudo de seda con la imagen de Ntra. Sra. de la Concepción, y el lema: *Mirabilis facta est scientia tua ex me*, distintivo estudiantil de aquella Universidad.

Ya en este primer año de Universidad le dieron uno de los que llamaban *actos mayores*, o sea, conclusiones de Teología, que defendió el día 23 de abril de 1827 en el teatro mayor de la Universidad. Es una prueba singular del talento de Balmes que siendo tal vez el más joven de todos los universitarios —ya en el primer

curso se le confiase este encargo glorioso—. El año siguiente se entregó tan ardientemente al estudio que enfermó gravemente hasta chorrear sangre por la boca, siendo necesario se le administrasen los últimos sacramentos, y aunque salió de la enfermedad, quedó delicadísimo, con gran peligro de quedar inutilizado por toda la vida. Los médicos, entre ellos el Dr. Francisco Llobet, profesor de la Universidad y de gran renombre en Cervera, hicieron muy pésimos augurios de aquel jovencito, por lo que escribieron a sus familiares aconsejándoles que le obligasen a dejar los estudios, conflicto grave que dio oportunidad de que fuesen manifestadas públicamente dos cosas: la filial piedad mariana de Balmes y el amor que le profesaban sus compañeros.

Balmes en su grave enfermedad encomendóse fervorosamente a Nuestra Señora del Camí, cuya imagen era venerada en una ermita a cinco kilómetros de Cervera y en Granyena. Obtenida la salud por su mediación, quiso darle gracias por el beneficio dispensado y el día 13 de junio de este año 1828, todos los colegiales de San Carlos, con su Rector y el médico profesor Dr. Llobet, que le había asistido, le acompañaron al citado santuario Mariano para satisfacer con gran solemnidad su anhelado deseo.

Corría el año 1835 cuando ganó en reñidas oposiciones el grado doctoral que aquel año correspondía a un teólogo. La investidura de este grado era la ceremonia más imponente que celebraba la Universidad, y fue una vivísima satisfacción para Balmes que el acto majestuoso de tomar posesión de doctor *en Pompa* se realizase en presencia de la imagen bendita de la Madre de Dios en su iglesia de Cervera.

Acabada la función del grado —dice el P. Ferrussola, S. I.— después de haber orado delante del altar Mayor, fue acompañado por eclesiásticos y priores del Santo Misterio, a la Universidad. Y su primera diligencia fue subir al teatro para saludar a la Purísima y darle las gracias por el favor recibido.

En Cervera —y más particularmente en el Colegio de San Carlos— arraigósele intensamente un fervoroso amor a la Purísima Concepción de María la cual además de ser la Patrona de la Universidad y de su escudo, era objeto de un juramento especial que hacían los profesores al tomar posesión de las cátedras, y todos los discípulos al graduarse.

Gustábale la poesía y entre sus composiciones tiene una titulada *La Muerte*, en la que demuestra también

su confianza filial en la Virgen Santísima. He aquí unas estrofas de la misma:

Que no quiero morir
con la muerte del impío,
y al morir, Salvador mío,
de vuestra cruz quiero yo asir,
y las llagas adorar
de vuestra imagen sangrienta,
y con mano tremulenta
a mis labios la acercar.
Y que calme mi dolor
María con su sonrisa,
cual refresca leve brisa
al que sofoca el calor.

Llegada la hora de recibir las Órdenes Sagradas le cupo en suerte providencial recibir las cuatro menores y el Presbiterado frente la imagen de la Asunción venerada en el Salón de Sínodos del Palacio Episcopal de Vich donde ya de pequeñito había sido confirmado. Las del subdiaconado y el diaconado respectivamente en las iglesias marianas también vicenses de S. Felipe y S. Justo.

Ya sacerdote, en el año 1840, predicó el sermón de la Virgen de los Dolores en Vich en día de la fiesta titular, terminando con esta invocación: “¿Quién sabe si será ésta la última vez que nos hallamos en este lugar solemnizando los Dolores de la Virgen? ¿Quién sabe si ya no volveremos a invocarla sino en el lecho de la muerte, mirando con velados ojos su imagen, y besándola con fríos labios, y pronunciando su nombre con desfallecido acento? Vivamos como si siempre hubiéramos de morir, celebremos en espíritu y verdad los misterios que hoy ofrece a nuestra consideración la Iglesia nuestra Madre, grabemos profundamente en nuestros entendimientos las lecciones que aquí se nos comunican, para que a la hora de la muerte podamos invocarla con firme confianza, para que podamos recordarle con filial ternura que fuimos sus devotos, que celebrábamos sus fiestas no sólo de palabra, sino también de corazón, para que ella nos corresponda como a buena Madre, alargándonos su mano para subir a las eternas moradas de la gloria...”

No iríamos muy lejos de la verdad si afirmásemos que fue uno de los escritores del pasado siglo que amó con más vehemencia a Nuestra Señora. Con convicción afirmaba que: “Todos cuantos hemos tenido la incomparable dicha de ser educados en la Religión Católica estamos acostumbrados ya desde nuestra infancia, a compadecernos de los Dolores de María...”

¿Qué sentiría su corazón al escribir que "...el solo nombre de Madre de Dios parécenos traer consigo de tal manera toda clase de felicidad y de gloria, que, aún limitándonos a esta vida, apenas juzgamos posible que la Virgen no alcanzara tantos días felices, inundados de consuelo, de gozos o complacencia, que no compensasen con sobreabundancia todas sus aficciones y dolores...?"

Con fervor decía: "Basta recordar que era una Virgen más pura que el rocío de la mañana, más cándida que la misma nieve; hay sentimientos delicados que mejor se perciben que se explican y encarecen... ¡Ah! Ella también era una inocente criatura escogida por el Altísimo desde toda la eternidad, y el terrible golpe de la justicia de un Dios indignado contra el linaje humano, que debía descargar sobre Jesús en la cima del Calvario quería que alcanzase igualmente a la Purísima Virgen, escogida para Madre del Verbo Eterno, a la criatura más amada que se ofrecía desde los días eternos a los ojos de la Trinidad Santísima..."

Antes de ser definido dogma de fe el misterio de la Inmaculada, Balmes ya había escrito estas memorables palabras: "Concebida sin mancha del pecado, pasando una vida cuya santidad no podía encarecer lengua mortal..."

Tal fue la devoción que profesaba a la Madre de Dios y se podría formar un voluminoso libro para escribir lo que él maraviosamente dijo sobre Ella. Sólo recordaremos que en las Obras Completas del ilustre Sacerdote vicense, son precisamente los *Santos más marianos*, los que son profusamente citados en aquéllas.

Santa Teresa le tenía enamorado, y de su autobiografía recogió notas muy interesantes para sus fines apoloéticos. Igualmente San Francisco de Sales cuyas máximas tradujo del francés; de Santo Tomás de Aquino, leyó durante cuatro años consecutivos, su *Summa Teológica*, y del meliflúo San Bernardo entre otras cosas decía: "¿Queréis ternura? Escuchadle en sus coloquios con Jesús y María; escuchadle hablando de la Santísima Virgen con dulzura tan embelesante que parece agotar todo cuanto sugerir pueden de más hermoso y delicado la esperanza y el amor."

En esto queda débilmente plasmado el amor Mariano que sentía profundamente Balmes, quien, hallándose postrado en el lecho de la muerte, teniendo encendida la vela bendita de la Cofradía del Smo. Rosario y fijos los ojos en los cuadros de la Virgen de la Soledad y de Jesucristo crucificado que estaban en la alcoba exclamaba: "*In te Domines speravi, non confundar in aeternum. Domine, fiat voluntas tuas.*"

Así se dormía en el Señor nuestro insigne apologeta, a la devoción mariana del cual la Plana de Vich debe la conservación del Santuario de La Gleva y la Iglesia universal un candidato más a los honores del Altar. Efectivamente, viviendo Balmes en Madrid trabajando continuamente en su carrera de escritor procura diligente y logra afortunadamente estorbar la venta del Santuario de la Virgen Santísima de La Gleva, con sus casas y tierras anejas al mismo, por lo que jamás la Plana de Vich podrá agradecerle como se merece los sinsabores que le costaron la defensa de nuestro insigne Santuario, pero que retribuidos le habrán sido por su celestial y queridísima Madre.

Metido Balmes en este molde maravilloso que es María por designios providenciales y tiernísima devoción a tan amorosa Madre pudo ante todo conocerse y desprenderse a sí mismo con gran humildad, que es el fundamento de toda vida espiritual. La continua idea del amor a María le fue muy a propósito para producirle estos sentimientos humildes y le sirvió de buen espejo para contemplar las miserias y fealdades humanas.

Abierta esta zanja de la humildad, pudo asentar también muy bien en sí el cimiento de la fe, semejantes a la de aquélla, que tenía Nuestra Señora: fe *pura*, que no se dejaba inquietar por lo sensible y lo extraordinario, fe *viva*, que le impulsaba a obrar por puro amor, fe *firme*, inquebrantable como una roca, en medio de todas las tempestades, fe *activa*, *penetrante* y *animosa*, capaz de trasladar los montes y lograr que en el Sínodo diocesano, celebrado en Vich el 24 de octubre de 1945, se propusiera a la Asamblea si creía fundado y oportuno que se trabajase para introducir la Causa de su beatificación, a lo que contestaron afirmativamente todos los 119 presbíteros asistentes en la misma.

En su consecuencia, el Excmo. Sr. Obispo nombró una Comisión de Capitulares para practicar las primeras diligencias, para la introducción del Proceso. Atento a esta iniciativa. El ilustre Rector del Seminario Vicense, doctor don Clemente Villegas, dio a la publicidad un libro titulado *Ejemplaridad de Balmes*, que fue leído con gran delectación, haciendo admirar más intensamente, si cabe, la figura radiante, heroica, sublime del gran Balmes, lucero esplendente entre los más admirables que ha contemplado la humanidad, y honra de nuestra Patria tanto como del universo, insigne pues universal fue nuestro insigne compatriota, por su inteligencia y por su virtud que hermosa y santamente hermanadas, al decir del Il. Dr. Lladó —*le constituyeron el sabio santo del pasado siglo.*

Afirmaba un buen día el Excmo Cardenal Tedeschini, que *el fundamento de la apologética es el amor*, y estamos ciertos —decía— que si Balmes ha sido llamado honrosamente por el Papa Pío XII, "*Príncipe de la Apologética moderna y luminar de la ciencia eclesiástica*" no lo habría sido de no haber tenido por fundamento de su santidad el tierno y filial amor a María Santísima desde su niñez. Y nunca con más convicción al propio Balmes habría podido decir que: "El Espíritu Santo está sobre Vich, y me ha ungido sacerdote mandándome evangelizar a los pueblos".

¿Qué más ha tenido Balmes que Espíritu Santo para evangelizar a los pueblos? —continuaba el insigne Príncipe de la Iglesia— se dirigió a los hombres más pobres de todos, a los que tienen ante sí la luz y no la ven, a los que tienen oídos y no oyen la palabra de Dios o no comprenden. A todos ellos se dirigió, recibidos los dones del Espíritu Santo. El día que descendió el Espíritu Santo, estaba María en el centro, presidiendo la asamblea verdadera asamblea apologética. Entonces se oyó un ruido como un viento tremendo que soplabla y descendieron sobre todos ellos lenguas de fuego; descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego,

y se repartieron estas lenguas sobre cada uno de ellos. Pero yo veo, creo y digo que sobre Balmes estas lenguas se reunieron todas, porque allí también cayó la lengua de fuego sobre María Santísima, la cual estaba plena del Espíritu Santo, y, por Ella, fue derramado este Espíritu sobre Jaime Balmes, a quien distribuyó y prodigó todos sus dones.

¡Ojalá que la iniciativa Sinodal del año 1945 sea seguida hasta lograr para este devoto de María la gloria de los Santos.

"Al lado del monumento al *Balmes sabio* —dice el Dr. Villegas— hay que acarrear al *Balmes santo*. Sin esto no será nunca debidamente apreciado el insigne e inmortal apologista. No pensemos que ha pasado ya la oportunidad. El proceso de la paulatina glorificación póstuma de los grandes amigos de Dios es frecuente en la Iglesia y muy evangélico, pues no es otra cosa que el *ascende superius* que, pronunciado primero allá en el cielo, prolonga su eco en la tierra."

AGUSTÍN FURRIOLS BERNADET

Vich, 23 de octubre de 1967.

Fiesta de San Antonio M.^a Claret.

CALDERON Y LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

Leyendo con detención los volúmenes completos de los "Autos sacramentales" de Calderón, una vetusta edición en piel amarillenta debida a Pando y Mier, me empecé en la tarea de ordenar el bosque de la creación en el jardín simétrico de un sistema. Por las venas y arterias de su producción simbólica fluye toda una concepción de la historia, y, como Calderón es eminentemente teólogo, robusta y llena de lozanía y salud, una verdadera teología de la Historia, dotada de un mecanismo dialéctico que he intentado aclarar. El nudo del tema es muy breve, conciso. El nudo del tema se halla en sólo unos versos. En el auto sacramental "El Gran Mercado del mundo" dice la Culpa (uno de sus personajes):

El nombre que he de tomar
(pues es corriente doctrina,
porque la oposición tengo)
— ¡cuántos a Dios se lo aplican! —
será *pedra*, que si él
la *pedra* preciosa y rica
es *fundamental*, y a mí
escándalo me apellidan
doctores, será la *pedra*
del escándalo y la ruina.

Quizá no sea fácil advertir de pronto el enorme calado teológico de estos versos. Quizá nos recreemos más en el juego de significantes — palabras —, que en el de significados — concepción, conceptos —. Pero no es a la ventura y porque sí que en el mismo Auto la Culpa tome el nombre de Pedro: "¿Cómo te llamas?", le pregunta la Gula. Y la Culpa responde: "No sé. *Pero Pedro has de llamarme*". Pedro es ese muchacho, a quien llaman Perico, y que deambula como un pícaro jugoso. Repetidas veces le invita la Gula a bailar:

Ea, *Perico*, otra vuelta
por aquestos caballeros!

No nos hallamos ante un puro capricho estético. La Culpa representa al reino del mal, presto a combatir la Iglesia, y, si se llama Pedro, adjudicándose el nombre de Piedra, lo hace por tener la oposición a Dios. Calderón no puede ser más explícito. Releemos: "El nombre que he de tomar será Piedra (¡Cuántos se lo adjudican a Dios!), *porque su oposición tengo*, porque tengo la oposición a Dios".

Y a continuación sentemos dos afirmaciones que pueden parecer apresuradas, que puedan incluso parecer

bruscas: 1) Este texto nos ha revelado ya a Calderón como un pensador de mucho calado, un teólogo de la historia de la humanidad. 2) En estos versos citados se encierra, en síntesis, la teología de la historia de Calderón.

Calderón concibe la Historia como una lucha monumental entre la Iglesia y la Antiiglesia, pero la segunda no está al margen de la primera, sino que oponiéndose a ella, adopta su misma estructura y su misma configuración. (Sabemos hoy que el curso de la Historia ha dado la razón a Calderón, y hemos visto avanzar la máquina del odio como una Iglesia deformada con dogmas, liturgia y jerarquías.)

En el auto sacramental "La semilla y la cizaña" llega el Sembrador clamando "¡Ah de la tierra!", y el Cierzo, una de las fuerzas del mal, responde:

*Vamos: y porque sus voces,
de las nuestras confundidas,
no las oigan los mortales,
repitamos cuanto él diga.*

Es importante retozarse en el último verso, repitiéndolo a boca llena hasta lograr que cobre su plena significación. "Repitamos cuanto él diga". Dispongámonos, más claro, a repetir las palabras del bien: no para secundarlas, no para prestarles apoyo, sino *precisamente* para confundir a los mortales, como un viento que confunde y borra el sonido de otro viento jugando con la arena y el polvo en lo hondo de un valle. Son los falsos profetas, los predicadores de una palabra trastocada, la Cizaña, la Ira, la Niebla y el Cierzo, que no hallan mejor medio de desbaratarlo que predicar el mismo Evangelio de Dios.

Aunque quizá cueste entenderlo, se trata de una maniobra sutil, afilada como la hoja de una espada. La Cizaña, el Cierzo, la Ira y la Niebla se conjuran contra el Sembrador. No se proponen oponerse abiertamente a su Evangelio. Ni tan siquiera van a despreciarlo. Porque lo que desean es alcanzar su cumplimiento, pero en aquello que tiene de maldición y de anatema. Están en la Palabra de Dios las semillas que no dan fruto por haber caído entre espinas, en el camino o sobre las piedras. Y basta con que las fuerzas del mal se empeñen en conseguir este malogro.

Cabría, sólo como técnica de contraste, comparar el pensamiento de Calderón con el pensamiento de Erasmo de Rotterdam. Erasmo pierde la conciencia de colectividad por la ladera del individualismo místico. Calderón expresa un colectivismo espiritual, un sentido de la realidad social y plenaria del Reino de Cristo.

Al contrario del individualismo erasmita, Calderón sabe que la vida espiritual es sociedad y es historia, que el mundo no está compuesto por una yuxtaposición de átomos, y que el mundo y la historia constituyen un organismo vital. Por esto antes que el hombre solo, antes que el problema concreto de éste o de aquél, y sus parti-

culares circunstancias espirituales, le importa toda la Historia de la humanidad caminando hacia Dios.

En sus autos sacramentales aparecen personajes que representan a la Humanidad o a la Humana Naturaleza (estos dos conceptos, tan cercanos, no deben confundirse). En el auto sacramental "La vida es sueño" el protagonista, liberado por el Sacrificio del Redentor de las cadenas con que le ha abrumado el pecado, es un símbolo que abarca a todos los hombres; y en "Las espigas de Rut", Noemí, que fue primeramente la hermosa y ahora es la amarga, es la Naturaleza Humana.

En "El veneno y la triaca" la Naturaleza aparece representada por una Infanta a quien todas las criaturas festejan antes de la caída. Así dice el Entendimiento:

*En la falda lisonjera
de este monte, coronado
de flores...
encareced la belleza
de la gran Naturaleza
heredera del Imperio.*

Y canta la Música:

*Aves, fuentes, auras, flores,
todos a la Infanta decid amores,*

repitiendo todos a coro:

*Todos a la Infanta decid amores:
Cantad, aves; corred, fuentes;
volad, auras; creced flores.*

Pero la Naturaleza Humana, venturosa Infanta, heredera del Reino de la Creación, cae en la esclavitud de la Culpa que la hierra "con clavos como esclava". Y es así como aparece en "La Hidalga del valle", donde la Culpa convoca a los hombres:

*Villanos, hijos de Adán,
los que sois, los que habéis sido
y habéis de ser para siempre
en pecado concebidos.*

En cuatro pinceladas, se destaca y se define la universalidad del pecado original.

*Villanos, hijos de Adán,
(segunda vez os lo digo)
los que pagáis a mi Imperio
pechos del primer delito:
oíd, que con todos hablo,
pues porque a mi voz rendidos
estáis todos, y ninguno
pueda escusarse de oírlo.
A vuestra Naturaleza,
mi Esclava, traigo conmigo,
herrada con esos duros
hierros que en su rostro imprimo.*

No puede expresarse más rápidamente la huella profunda del pecado original en los hombres. Esta Esclava la

sentimos muy cerca de nosotros mismos, hasta llevarla en nuestra carne y experimentarla bajo nuestra piel. Pero la que fue Infanta, heredera del Paraíso, no ha de perder la esperanza: su mal tiene remedio; pasará de la mano de la Culpa a la mano de la Gracia al entrar en una casa llena de Gracia en el pasaje inefable que evoca el momento de la Concepción Inmaculada de María.

Nuestra Señora surge como reparación de los males que afligen a la Naturaleza caída. En "Las espigas de Ruth", ésta representa a la Virgen María, y acompaña, sostiene y conforta a Noemí (la Naturaleza humana). En Noemí "a dos luces" ve el Lucero "una vez la Hermosa", la inocente, y otra la Amarga, la pecadora. Y viene con ella, "llorando sus desconsuelos sin querer desampararla", Ruth — Nuestra Señora —, cuya hermosura es "mayor que los montes vieron".

Pregunta la Culpa a la Naturaleza:

*¿Cómo en este humano valle
de lágrimas y suspiros
ninguna hidalga criatura
ha de negar mi dominio?*

Pero el Poder Infinito de Dios causará el prodigio de la Concepción Inmaculada, y la Naturaleza responde:

*Como es Dios quien puede hacerlo
y es su poder infinito.*

El colosal movimiento de las fuerzas de la Historia, la guerra de la Iglesia contra la Antiiglesia, y en suma la historia entera de la humanidad, se desarrolla en tres etapas: la de la Ley Natural, la de la Ley Escrita y la de la Ley de Gracia.

*Con lo cual en tres jornadas,
tres leyes y un estatuto
los hombres dividirán
las tres edades del mundo.*

Esta división en tres edades aparece constantemente en los autos calderonianos. Del desenvolverse de estas etapas es teatro toda la tierra; y en "La Semilla y la Cizaña" la lucha del Bien y el Mal abarca a las cuatro partes del mundo.

Clave de la amplia concepción teológica calderoniana es la Eucaristía. Ante ella, tiemblan y se retiran las fuerzas de la Antiiglesia. La Eucaristía conmemora y reproduce místicamente la Crucifixión. Ésta es para Calderón el momento crucial de la Historia, aquel punto que la divide en dos mitades. Y la Eucaristía es también el centro del movimiento histórico concebido por nuestro poeta.

Evocando la Crucifixión, leemos en "El año Santo de Roma":

*En tanto conflicto, en tanto
terror, pavor, asombro y miedo,
un desmayo fue de todos
rasgarse el velo del templo,
porque allí la Sinagoga*

*respiró el último aliento,
siendo postrer paroxismo
de su Ley, el cumplimiento
de todas sus sombras, cuando
el antiguo documento
sus ceremonias y ritos
cedió al Nuevo Testamento.*

El Misterio eucarístico cobra profunda expresión teológica. En "La Semilla y la Cizaña" el Sembrador anuncia que la semilla que viene a plantar es la Palabra de su Padre. Su Palabra es Trigo. La Palabra de Dios es sustento del alma.

*Luego si en latino idioma
Verbo y Palabra es lo mismo,
y la Palabra es el Trigo,
en el pasado argumento,
podrán Pan, Verbo y Palabra
obrar algún Sacramento
en que se hace Carne el Pan,
ya que se hizo Carne el Verbo...*

En pocas palabras, he evocado la Encarnación y la Transubstanciación. Calderón pinta una nave que trae el trigo en sus entrañas. Esta nave es al tiempo la Iglesia y la Virgen María. Alrededor de Nuestra Señora y de Jesús, de Nuestra Señora y la Eucaristía, gira — inmensa y espaciosa — la historia del Mundo.

Y el Mundo es un teatro y un mercado. — Calderón llena de esencias cristianas la concepción estoica de la vida como una comedia. — Y los hombres vienen y van, representando con acierto o torpemente su papel, adquiriendo en el Mercado de la vida mercancías buenas o detestables; pero ya se encaminen por la senda mentirosa o por la del bien, muévense siempre — con odio o con amor — alrededor del Misterio eucarístico.

Podríamos comparar los autos sacramentales de Calderón a un gran retablo barroco. En su punto central una gallarda figura de Mujer sostiene una Custodia con el Divino Sacramento. Esta Dama es la Fe, o por ventura la Iglesia, o, más bien, la Virgen María; y en torno de esta Imagen con la Custodia luminosa, se retuercen violentamente mil escenas en una anchurosa expresión universal. Leones que luchan con príncipes devotos del Sacramento, montes que se derrumban súbitamente con estrépito, peñascos que revientan entre llamaradas y escupen presencias infernales, una Nave cargada de Trigo en que el Sembrador viaja a las cuatro partes del mundo, Asia vestida a lo judío sobre un elefante, África a lo moro a la grupa de un león, Europa a lo romano encima de un toro, América a lo indio en un caimán. Y entre estas figuras que se despeñan, retuercen y pugnan, en este maravilloso retablo, hay también frutas, árboles y pájaros que suben musicalmente por sus columnas fundiendo con la historia de los hombres la vida estremecida de la Creación.

FRANCISCO SALVA MIQUEL